r CESAR JUARROS

los horizontes de la psicoanálisis



MUNDO LATINO
MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL

LOS HORIZONTES DE LA PSICOANALISIS

90291

DOCTOR CÉSAR JUARROS

LOS HORIZONTES DE LA PSICOANÁLISIS

(2.ª edición)



COMPAÑÍA IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
EDITORIAL MUNDO LATINO
MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
COPIRYGHT 1929 BY
CÉSAR JUARROS

Tip. Yagües.—Plaza del Conde Barajas, 5.

Hállase integrado el presente libro por seis conferencias que el autor diera en la Academia de Jurisprudencia, la pasada primavera.

Entréganse ahora a la estampa a ruego de crecido número de oyentes. No por vanidoso afán de perduración, ni persiguiendo más amplias zonas de estruendo. Ha de no olvidarse que aquellos discursos obedecieron, sólo, al afán de impedir la consolidación de prejuicios ya en marcha, abarrotados de peligros, para sanos y enfermos.

No se trata, por tanto, de un Tratado, sino de un panorama. Quien lea los siguientes capítulos no aprenderá Psicoanálisis; pero percibirá claramente la trascendencia de la doctrina.

Este propósito de divulgación explica el carácter heterodoxo, desde el punto de vista técnico, de algunas de sus páginas. Aquellas en las cuales fué preciso sacrificar detalles y puntos de vista a la legítima pretensión de ser bien entendido y aquellas otras donde no resultó posible ocultar ideas personales del autor.

Siendo la ambición eje de las conferencias crear sensibilidad para los problemas psicoanalíticos, no podrá obtener de la lectura de las siguientes páginas beneficio alguno práctico, quien se acerque a ellas exigiéndolas más de lo ofrecido en estas palabras preliminares.

Al Dr. D. Carlos M.ª Cortezo dedica este libro, como testimonio de una vieja y leal admiración, que los años no hacen sino acrecentar.

EL AUTOR

CONCEPTO GENERAL DE LA PSICOANÁLISIS

Enfrentándome con la aventura que este ciclo de conferencias representa, no hago sino cumplir un deber de lealtad y gratitud. La difusión de la Psicoanálisis tropieza, en España, con ambientes francamente hostiles. Lo claro y ostensible de su magnitud significa tonificador estímulo.

La Psicoanálisis constituye un conjunto de normas utilísimas en Medicina, Pedagogía Moral, etcétera, etc. Sabiéndolo, sería insensato no oponerse a puntos de vista erróneos ocultadores de tales ventajas.

Para no justipreciar equivocadamente algunas de mis rutas, en estas charlas, conviene no olvidar su calidad de respuesta. Si vengo aquí, repito, no es espontáneamente, sino por efecto de una reacción donde, sobre otros complejos motivos, destaca el reconocimiento. A la doctrina de Freud debo éxitos profesionales, que sin su concurso hubieran permanecido fuera de mis alcances.

LOS ENEMIGOS DE LA PSICOANALISIS

Antes de entrar en materia no resulta improcedente examinar, siquiera sea a la ligera, la urdimbre de esa atmósfera desfavorable que en España envuelve a cuanto con la doctrina de Freud se relaciona.

Son tres sus orígenes: prejuicios, gozmoñería, miedo.

Los *prejuicios* constituyen factor esencial. Por extraño que parezca, de ninguna otra función tiene el vulgo idea tan equivocada como la que posee respecto a la misión sexual.

Debe desconocer la existencia de la sexualidad infantil, hasta negar categoría fisiológica al deseo.

Una *gazmoñería*, costrosa y miope, dificulta el examen leal de las modalidades del instinto y de sus objetivaciones. La vanidad biológica pretende, y sobre ello volveremos otro día, hacer del ser humano excepción dentro de la Naturaleza. ¿Cómo admitir que su sexualidad sea semejante a la de los otros mamíferos, ni en orígenes, ni en sendas, ni en modos finales? La ausencia de datos exactos y el intento de sustituirlos por prejuicios, ayuda a que la absurda idea goce de máximo predicamento.

Finalmente, en no pocos casos se truena con-

tra la Psicoanálisis por *miedo* a que el propio misterio sexual sea descubierto. Gentes hay que, no ignorando su anormalidad, fingen desconocerla, temblando horrorizadas ante la posibilidad de tener que asomarse a la dolorosa verdad.

Hemos leído, no hace mucho, una feroz diatriba contra Freud, escrita por persona de cuya anómala vida sexual poseemos pruebas irrecusables, facilitadas, en trance profesional, por quien tuvo que soportarlas.

Conocer la urdimbre de muchas actitudes no podía ejercer sobre nosotros otra acción que la de aliento y así fué; pero conviene que cuantos me escuchan sepan a qué atribuir ciertos gestos que, de ignorar su etiología, pueden contribuir a entorpecer el propósito de comprensión y lealtad con que creo venís a oírme.

NUCLEO DE LA PSICOANALISIS

La clave de la doctrina de Freud radica en el convencimiento de que gran mayoría de los procesos mentales, considerados conscientes, son efecto de motivos desconocidos por el sujeto.

- Si pedís a cualquiera que escoja un número, después de haberlo hecho no hallará, de ordinario, modo de explicar el porqué de su elección. ¡La casualidad! ¡Lo que se me ocurrió en aquel momento! ¡Lo hice al buen tun tun!

Freud y sus discípulos no se conforman con tan vagas aportaciones. Buscan y persiguen el porqué. De tal polarización suelen salir mal librados los conceptos de voluntad, autonomía espiritual, consciencia; pero ello no puede bastar a detener el curso de nuestra exposición.

La Psicoanálisis, como dice Jones en su interesante trabajo sobre la racionalización de la vida cuotidiana, tiene por base disecar las influencias subjetivas que intentan ocultar la verdad objetiva, agazapada detrás de ellas.

Aspira, por tanto, a mostrar el escenario desde cajas, no visto desde el público.

CONSCIENTE, SUBCONSCIENTE : -- : E INCONSCIENTE : -- :

Para transmitir a ustedes noción clara del significado de estas tres palabras recurriremos a un esquema, utilizado muchas veces por los psicó-

logos, para hacer fácilmente comprensible el problema de la atención.

Suponed un desván obscuro, de cuya puerta os está vedado pasar.

Para examinarlo, para averiguar lo que almacena, no disponéis sino de una linterna. En estas condiciones, todo lo artificiosas que queráis, pero fundamentales para el valor práctico del paradigma, la superficie del desván se encontrará dividida en tres zonas:

a) La iluminada por vuestra linterna. *Zona consciente* de la vida mental.

b) Otra no iluminada por la linterna; pero susceptible de serlo, con sólo cambiar de dirección el foco de luz. *Zona subconsciente.*

c) Una última porción condenada a permanecer siempre entre tinieblas, por imposibilidad de que los rayos de la linterna puedan llegar hasta allí. *Zona de lo inconsciente.*

Lo inconsciente constituye región más extensa que lo consciente. Esta afirmación representa una de las bases de la doctrina psicoanalítica.

Lo inconsciente hállase integrado, según Yung, por dos capas superpuestas, lo *inconsciente general* y lo *inconsciente individual.*

En lo inconsciente general encuéntrase contenida la experiencia de las generaciones que nos

han precedido. Los principios del placer y el dolor. Las raíces de los instintos básicos.

Lo inconsciente individual encierra el fruto de la experiencia ontogénica. Los instintos hechos ya tronco. Las bases de la personalidad.

Lo consciente representa lo adquirido. Las consecuencias de la experiencia del momento.

De lo inconsciente a lo consciente y de lo consciente a lo inconsciente tiene lugar constante flujo y reflujo. Lo subconsciente no es sino el agrupamiento de ideas, de influencias, de complexos, capaces, o no, de ser conscientes según las circunstancias. O lo que es lo mismo, nuestra vida mental está regulada por tres clases de influencias: experiencia de la especie, experiencia ontogénica, experiencia consciente.

No basta, sin embargo, con esta distinción esquemática para comprender la cuestión en toda su amplitud; es preciso estudiar los aspectos relacionados con la censura.

LA CENSURA

Nuestra vida entera encuéntrase representada por una lucha constante entre el afán de placer y

el deber. El principio del deber es un producto de la educación, de la influencia del ambiente y, por tanto, de la propia experiencia, que opónese a la tendencia instintiva al placer, merced a un mecanismo de inhibición llamado censura o represión.

Freud, para hacerse más fácilmente inteligible, pone el siguiente ejemplo:

Supóngase un gran salón, que, merced a una puerta, comunica con otro más pequeño. En la puerta, un guardián. El salón grande representa lo inconsciente; el pequeño la zona consciente. El guardián la censura, encargada de seleccionar los deseos, para determinar los que deben pasar a ser satisfechos.

De los deseos que intentan ser calmados y no lo logran, unos es por impedirlo el análisis consciente; otros, por ser rechazados sin análisis alguno. En este caso el deseo no ha sido desprovisto de su potencial de energía.

Procuremos ser más claros.

Si al llegar a vuestra casa encontráis un perro extraño ladrando, alterando el orden y limpieza de vuestras habitaciones, podréis hacer dos cosas buscando restablecer la calma: o abrir la puerta de la calle para que el animal se vaya o encerrarlo en un cuarto. En este último caso no habréis resuelto sino parcialmente el problema. El

can continuará dando ladridos, tirando sillas, destrozando tapices.

Volvamos al ejemplo del desván. Si encontráis al alcance de vuestro pie, en la zona iluminada, algún trasto que os molesta y de un puntapié lo enviáis al fondo no iluminado (zona inconsciente) habréis realizado *totalmente* el mecanismo de la represión.

Caído en lo inconsciente el deseo y no extinguido su caudal de energía, procurará obstinadamente salir de su destierro ; pero *ya no lealmente*, sino disfrazándose, con el fin de burlar la censura.

LOS SINDROMES DE LA REPRESION

En los confines agudos entre los principios del placer y el deber, el disfraz puede revestir aspectos francamente morbosos.

Como hemos de destinar una conferencia entera a este aspecto de la Psicoanálisis, nos limitaremos ahora a poner tres ejemplos y comentarlos.

Pueblo pequeño. Uno de los ricachos del lugar, joven, simpático, querido de todos, se suicida disparándose un pistoletazo en la sien. El

hermano mayor obstínase en que se trata de un asesinato. No conforme con el dictamen de los forenses obliga a desenterrar el cadáver. Pruébase nuevamente el suicidio. El hermano hace, rápidamente, intenso delirio de persecución.

Mecanismo psicológico : los dos hermanos llevábanse mal. Discutían con tanta frecuencia como calor. Al final de sus disputas deseábanse mutuamente la muerte. Admitiendo un suicidio cabía, en el hermano superviviente, el remordimiento de que sus intransigencias e incomprensiones pudieran haber motivado el suicidio. La hipótesis del asesinato dejaba tranquila la conciencia. He aquí cómo una idea rechazada, perturbadora, disfrázase, para salir a flor de conciencia, convertida en síndrome psiquiátrico.

Segundo ejemplo. Una muchachita adolescente que duerme en alcoba inmediata a la de sus padres, sufre ataques convulsivos apenas se cierra la puerta, separadora de ambas habitaciones.

La Psicoanálisis pone de relieve una atracción sexual, refrenada trabajosamente, hacia el padre. Celosa de su madre y teniendo seguridad de que mientras la puerta se encuentre abierta la unión matrimonial resultará imposible, sus ambiciones exteriorízanse en una crisis nerviosa.

Ultimo caso, como los anteriores, tomado de los Tratados clásicos de Psicoanálisis.

Muchacha de veinticuatro años. No puede permanecer ni un momento sin tener junto a ella personas de la familia. No sale sola. Si lo intenta, terribles crisis de ansiedad. La Psicoanálisis demuestra que trátase en el fondo de miedo al contacto sexual con los hombres, por otra parte, deseado intensamente. Efecto de una educación materna errónea, hízosela concebir el amor como una cosa cruel que desgarra las entrañas, envejece y humilla.

Un delirio de persecución, una crisis histérica y una fobia traducen aquí el disfraz de un deseo de muerte, de un amor incestuoso y de un afán sexual.

PSICOPATOLOGIA DE LA VIDA CUOTIDIANA

Estas ideas, rechazadas a lo inconsciente; estas ideas, a las que la censura niega paso, pueden exteriorizarse en la vida ordinaria en forma de olvidos y descuidos a que antes de los trabajos de Freud no se concedía valor alguno psicológico.

Tres ejemplos harán más comprensible la tesis.

Hace años, en la Academia médica de Madrid, entonces de máximo prestigio, un conocido urólogo, ya difunto, comenzó así una de sus comunicaciones:

—¡La comunicación que vais a tener el honor de oírme!

Unas sonrisas y luego en los pasillos absoluta conformidad.

—¡Ha querido decir: que voy a tener el honor de exponeros!

Sin embargo, después de conocidos los trabajos de Freud y recordando el orgullo que dominaba al urólogo no cabe dudar de que el lapsus no fué tal, sino expresión fiel de un sentimiento que la censura se obstinaba en no dejar pasar, pretendiendo exteriorizar actitudes de modestia.

Segundo ejemplo, también personal. Mi cobrador olvida cartas y planes cuando en el sobre figura como dirección la calle X.

A la tercera o cuarta vez, sorprendido, interrogo al muchacho, que, tras insistir, con aire de absoluta sinceridad, en que debe tratarse de una coincidencia puramente fortuita, acaba por declarar que en dicha calle vivió una muchacha a la que él quiso mucho, no siendo correspondido.

La inhibición está demasiado clara para que sea necesario machacar más.

Tercer ejemplo. Clienta mía. Ya casi en vís-

peras de boda, rompe sus relaciones porque recibe una carta en que el novio, en vez de ¡Adela mía!, nombre de la muchacha, escribe ¡Carmen mía!

El culpable me confiesa días después que, efectivamente, tiénele muy preocupado el recuerdo de Carmen; pero no en el sentido de exaltación pasional, sino de remordimiento por haberla abandonado.

D'Anunzio ha dedicado a un caso análogo vibrantes páginas.

Jones cita dos observaciones, que traemos a colación para reforzar con su autoridad nuestro protocolo.

Una señora dice, hablando de las obras de Bernard Shaw:

—¡Tengo una gran opinión de todas mis obras!

Quiso decir:

—¡Tengo una gran opinión de todas sus obras!

La dama era escritora y llevaba publicados varios libros.

Uno de los clientes de Jones, soltero, exclama:

—¡Mi padre está enamoradísimo de mi mujer!

Quiso decir:

—¡Mi padre está enamoradísimo de mi madre!

Este enfermo era neurósico, por obra de una tendencia incestuosa, inconsciente.

EL SIMBOLISMO

El símbolo implica una sustitución. La idea rechazada sale en forma de otra, a la que se halla unida por analogía:

Ahora es corriente ver cómo muchachas castas y virtuosas, términos no siempre sinónimos, llevan sus muñecas ceñidas por pulseras que representan una culebra; símbolo falico como nadie ignora. La simbolización hace compatible la honestidad más severa, con mostrar un atributo falico, enroscado en la articulación radio-cúbito-carpiana.

Nueva prueba. El anillo nupcial. Colocar un anillo en el dedo de la mujer amada tiene un valor lírico al que ni las gentes más austeras pusieron nunca reparo. Cantáronlo honestos poetas de todos los países.

No obstante, el simbolismo del acto básico de la reproducción no puede lograr más claro modo de traducirse. Insistir sobre ello sería ofender la indiscutible comprensión del auditorio.

No hay por qué recargar el esfuerzo de vuestra atención con nuevas pruebas. La noción re-

sulta suficientemente destacada para los efectos buscados. El intento de una mayor ampliación nos llevaría, inevitablemente, a abordar aspectos sobradamente complicados para conferencias del tipo de la presente.

EL REFUGIO DE LA SUBLIMACION

Otro de los caminos seguidos por la energía de las ideas rechazadas, cuando de burlar a la censura se trata, es la sublimación.

Por sublimación ha de entenderse el empleo de dicha energía en finalidades no sexuales. Freud la define así: aptitud para sustituir el fin sexual primitivo por otro no sexual; pero unido a aquél desde el punto de vista psíquico.

Esta transformación no es ni consciente ni voluntaria. Han de descartarse, por tanto, casos como el de Josefina Butler. La fundadora de la doctrina abolicionista, causa por la que tanto lleva luchando quien os dirige la palabra, pasó por el dolor de ver morir a su hija, a consecuencia de haber resbalado en la escalera, cuando, alegre y saltarina, bajaba en busca de su madre. Fué invadida de terrible desesperación.

Honda melancolía se apoderó de su espíritu. Cercaron la imaginación ideas de suicidio.

Como reacción surge entonces, potente, el afán de buscar consuelo consagrándose a causa tan noble, romántica y desinteresada, como defender a las pobres rameras sometidas, sin justificación alguna, ética, científica ni legal, a leyes y reglamentos de excepción.

La desesperación, sublimándose, truécase en una de las más bellas campañas de la abnegación humana.

Pero no es de este tipo la sublimación de que hablamos.

Goethe, una de las cumbres de la inteligencia, incluídos los genios de todas las épocas, hubo de luchar tenazmente, en varias ocasiones, con sus tendencias amorosas; tendencias que significaban entorpecimiento de la labor y, por tanto, lastre para sus pujantes ambiciones de gloria suprema.

Aquel caudal de energía no empleada fué a convertirse en el *Werther, Las afinidades electivas, Wilhem Meister, Herman y Dorotea,* etc. Mas si el dolor de Josefina Butler no representa un modelo de sublimación tipo froidiano, sí constitúyelo la de Goethe, y sobre ello volveremos otro día.

La sublimación verdadera es inconsciente o,

lo que es lo mismo, verifícase sin que el sujeto la perciba.

Otro hecho de interés: aun cuando la sublimación puede presentarse en el adulto, constituye fenómeno esencialmente infantil.

En otra conferencia nos ocuparemos de la trascendencia que todos estos hechos tienen para la educación, considerada desde nuevos puntos de vista.

LOS MISTERIOS DEL SUEÑO

Una última forma de exteriorización de las ideas reprimidas, encuéntrase constituída por los sueños.

Los sueños tienen casi siempre el significado de deseos de realización imposible en la vida, que lógranse durante el estado onírico.

Constituyen una satisfacción fantástica.

Los sueños desempeñan así un papel protector de la función de dormir. En la lucha entre la censura y el deseo, entre el principio del placer y el del deber, llegarían momentos de conflicto, de preocupación, de inquietud tan agudos que dificultarían el reposo.

Con la satisfacción fantástica, obtenida durante el estado onírico, hay como una tregua, un

armisticio, bajo cuya protección se puede dormir.

Sabido esto, nadie extrañará el magnífico valor que el análisis del sueño presenta, como medio de llegar a la determinación de esos deseos, que, en el fondo de lo inconsciente, perturban el ritmo normal de la vida psíquica.

Según Freud, los sueños pueden dividirse en tres clases:

a) *Sueños inteligibles*.—Encuéntranse constituídos por sucesos en un todo semejantes a los de la vida corriente.

b) *Sueños coherentes*.—Naturales, bien coordinados, pero de contenido ajeno al de nuestro vivir, en estado de vigilia. Puede pasar, pero ni ha pasado ni es lógico que pase.

c) *Sueños sin sentido*.—Incoherentes, confusos, no inteligibles, irreales.

Ninguno presenta realmente este último carácter. Para convencerse basta con no confundir el contenido latente del sueño con su contenido manifiesto. O sea lo objetivo con lo subjetivo, la apariencia con la realidad.

Y es que los deseos para salir a flor de consecuencia; para burlar la censura, han de des-

figurarse mediante operaciones a las que vamos a pasar revista.

I. *Condensación.*—Cada idea del contenido manifiesto traduce una síntesis de otras varias semejantes.

Es corriente que las mujeres vean, en sueños, personajes con rasgos fisonómicos mezclados del hijo y del amante. En este fenómeno de la condensación, trátase generalmente de la fusión de personas y lugares inspiradores de sentimientos pertenecientes al contenido latente. Por ejemplo: un personaje presenta caracteres de dos o tres de la vida real.

II. *Desplazamiento.*—El análisis de los sueños pone de relieve la no concordancia entre la importancia que un elemento del sueño presenta en el contenido manifiesto y la que le corresponde en el contenido latente. Hay, como dice Freud, trasmutación de valores.

Como si se tratara de un ardid merced al cual buscasen pasar desapercibidas las ideas de más efectiva trascendencia.

III. *Dramatización.*—En virtud de ella el contenido manifiesto de la mayoría de los sueños ad-

quiere relieve escénico. El pasado y el futuro desarróllanse como presente.

IV. *Elaboración secundaria.*—Mecanismo integrado por el esfuerzo para hacer inteligible y asimilable el sueño.

Como profundizar aquí en el mecanismo de los sueños equivaldría a desposeer a este ciclo de conferencias de su carácter esencial, antes de sintetizar cuanto llevamos dicho, en fórmula concisa y clara, quiero poner como adoctrinamiento un ejemplo de interpretación de sueños. Tomado de Jones.

Cierta señora sueña estar sentada en una tribuna, de las alzadas en las calles de la ciudad con motivo de los grandes acontecimientos: entrada de soberanos extranjeros, desfiles militares. Corroborando esta idea ve avanzar un banda militar, al compás de alegres aires marciales.

Tras la banda un cortejo fúnebre. Parécela el entierro de Mr. X.; el ataúd es conducido en un armón de artillería y envuelto en la bandera nacional. Como la soñadora tiene pobre concepto de Mr. X., encuentra absurdos y estúpidos tales honores.

Entre los que caminan detrás del féretro reconoce al hermano y a una de las hermanas del difunto; las otras dos hermanas vienen después.

Hermano y hermanas visten trajes claros. El hermano avanza bailando y agitando los brazos como un salvaje. De la espalda le nace un árbol yuca, cubierto de flores.

Interpretación psicoanalista: La figura de míster X. es una contrafigura del marido. Ambos, míster X. y marido, prometían en su juventud alcanzar situaciones distinguidas a que luego no llegaron. Uno terminó en morfinómano, en alcohólico el otro. Arruinados ambos.

El afecto que la paciente sentía por su marido fué trocándose, por obra del desengaño, en repugnancia física. Su deseo, reprimido, de verlo muerto ha sido satisfecho en el sueño, presenciando el entierro de otra persona cuya vida asemejábase a la de su marido y que, como éste, tenía un hermano y tres hermanas.

El desprecio sentido hacia el marido se expresa en el sueño, encontrando absurda y ridícula la pompa fúnebre. La prueba de que las gentes opinan lo mismo se objetiva en los alegres sones de la charanga.

En la vida real la paciente amó y ama más al hermano de Mr. X. que al marido. La boda no tuvo lugar por oposición de las familias. El hermano de Mr. X. vive desde entonces celoso, desesperado. Su canto mientras camina detrás del féretro equivale a un himno triunfal, ya que

en el sueño su hermano no era sino una contrafigura del odiado rival.

El árbol yuca es un símbolo fálico. Las flores simbolizan la descendencia, poniendo fin al afán fervoroso de tener hijos que domina a la paciente.

El significado del sueño es este en resumen: muerto el marido, sin que nadie sienta su fallecimiento, ella se casa con el hombre amado, del que espera tener muchos hijos.

SINTESIS

Como colofón quiero reducir esta primera conferencia a una fórmula sintética, adoptando la forma de conclusiones claras y precisas:

a) La vida psíquica puede considerarse dividida en dos grandes zonas: *consciente* e *inconsciente*, con una intermedia *subconsciente*.

b) La inconsciente encuéntrase integrada por los instintos. Por el caudal de la experiencia filogenética. Constituye el vivero de los deseos básicos de la existencia.

c) La corriente continua de deseos que de lo inconsciente asciende a lo consciente, tropieza

con el valladar de una censura, fruto de la educación y del ambiente, que muchas veces rechaza a aquéllos, nuevamente, a lo inconsciente.

d) Estos deseos rechazados no pierden por ello su energía ni desisten del afán de emerger en la vida real. Siendo imposible hacerlo en las condiciones leales de la primera vez, pues equivaldría a exponerse a nuevo y seguro fracaso, apelan los deseos reprimidos a diversos disfraces: síndromes o síntomas neurósicos, sueños, lapsus, sublimación, etc., etc.

e) La Psicoanálisis no es sino el conjunto de técnicas encaminadas a descubrir la existencia de estos deseos reprimidos. Con fines médicos pedagógicos, éticos, estéticos, etc.

Y nada más por hoy. Muchas gracias a todos.—

MEDICINA Y PSICOANALISIS

Abordamos la conferencia más difícil del ciclo. En nuestro país los enemigos activos de la Psicoanálisis suelen ser médicos, y aun cuando contra sus estridencias siga siendo argumento el hecho de que no aportan razones basadas en la propia experiencia, la calidad técnica de los contrarios implica situación difícil para quien ha de combatirlos desde tribuna no profesional.

A este entorpecimiento únese otro, no menos considerable. Cuanto yo diga en elogio de la Psicoanálisis puede interpretarse como reclamo, ya que nadie ignora que practico la Psicoanálisis desde hace años, singularmente en los enfermos neurósicos, de fondo psiquiasténico o histérico.

A pesar de ello no vacilo. Mi decisión nútrese de un convencimiento basado en la práctica personal.

Hay trastornos en los cuales sólo la Psicoanálisis logra curación total. Como no soy sectario,

empiezo sistemáticamente por los métodos clásicos; cuando fracasan recurro a la Psicoanálisis.

Si se me demostrase la posibilidad de alcanzar idénticos resultados con métodos ajenos a Freud, renunciaría a éste. Interin ello no ocurra estimo sensato persistir en la actual actitud.

SEXUALIDAD Y NEUROSIS

Como vimos el otro día, los instintos ancestrales habitan en el fondo de lo inconsciente. De estas raíces proceden los deseos. Uno de los más intensos es el sexual, base de la vida.

También el más en pugna con la censura.

Pero como rechazar no es sinónimo de aniquilamiento, el deseo sigue pugnando por salir, disfrazado, deformado. En gran número de casos convirtiéndose en síntomas y sindromes neuróticos.

Algunos autores han llegado a sostener que en el fondo de toda neurose no hay sino un deseo sexual insatisfecho o satisfecho defectuosamente. Descubrirlo equivale a ponerse en camino de curación.

Tan exacto es esto en sus líneas generales, que

la experiencia vulgar de cada día permite apreciar cómo la mayoría de las gentes esquinadas, agrias, de mal humor constante, irascibles, incapaces de la menor ternura, viven insatisfechas sexualmente.

El disfrute normal del instinto da euforia, alegría, optimismo, comprensión, tolerancia.

No suelen parar las cosas, por desgracia, en el genio atrabiliario, el carácter hosco y el comportamiento destemplado. La lucha entre el deseo y la censura tradúcese muchas veces en graves cuadros patológicos.

CLASIFICACION DE LAS NEUROSIS

Las neurosis, desde el punto de vista psicoanalítico, son divididas en tres grupos, según las ideas de Freud:

a) *Falsas neurosis.*
b) *Neurosis de etiología pretérita.*
c) *Neurosis provocadas por causas actuales.*

Las falsas neurosis, cuya representación más genuina y demostrativa encuéntrase constituída por la epilepsia, son sindromes calificados de neurose arbitrariamente o, lo que es lo mismo, sin

hallarse integrados por alteraciones puramente funcionales, sino por lesiones perfecta y fácilmente determinables, macro y microscópicamente.

Con ello los límites del término neurose sufren un empequeñecimiento, altamente favorable para la clínica y la terapéutica.

Claro que aun en esta clase de síndromes los psicoanalistas apasionados encuentran huellas de conflictos surgidos entre el deseo y la censura. Así atribúyese, por algunos autores, a la crisis convulsiva carácter de mecanismo destinado a poner fin a penosos forcejeos, sin resolución, entre el principio del goce y del deber.

Llegado el instante en que la situación interior resulta insostenible, angustiosa, el ataque adquiere significado de tregua reparadora.

Diferenciar las neurosis de origen actual y de etiología pretérita resulta interesantísimo. En la neurosis actual la causa morbosa manifiéstase en actividad, como ocurre con la neurose de angustia, de que luego hablaremos. Por ahora, nos reduciremos a decir que el origen de la neurosis de angustia es siempre claro y preciso: satisfacción sexual no lograda o conseguida incompletamente; maniobras anticoncepcionales, abstinencia sexual, interrupción brusca y absoluta de la vida sexual—viudedad—, hábitos de masturbación, coito interrumpido, etc., etc.

De ordinario, para descubrir las raíces del mal no son precisas técnicas tan complejas y delicadas como las del psicoanálisis. Casos hay, no obstante, en los cuales resulta indispensable acudir a ellas.

Las psiconeurosis pretéritas presentan mayor interés psicoanalítico. Acaso el máximo de las ideas de Freud, dentro del terreno de la clínica cotidiana.

En las psiconeurosis pretéritas los síntomas débense a procesos normales que el enfermo ignora. Revisten, singularmente, el aspecto de obsesiones y fobias. Como, dada la índole de estas disertaciones, es deber ineludible poner máximo esmero en no emplear términos ignorados por el público profano, habréis de permitirme leve inciso destinado a explicar el valor de las palabras obsesión y fobia.

La obsesión no es sino una idea fija. Pero patológica. Este adjetivo caracteriza y define el síntoma.

Frente a las ideas fijas, apetecidas, gratas, incluso perseguidas tercamente, álzanse otras parásitas, involuntarias, ingratas, penosas. Esta condición alimenta su carácter morboso.

Es absolutamente fisiológico que el artista piense a todas horas en la obra que tiene entre ma-

nos; el sabio en la investigación a que se halla dedicado; el enamorado en el objeto de su amor; pero no tiene nada de normal, lógico y razonable que un sujeto comience de pronto a ser atormentado, a pesar de sus titánicos esfuerzos para evitarlo, por si hay o no habitantes en la luna.—

La fobia no es sino una idea fija, obsesiva, en cuyas entrañas habita el temor: miedo a las grandes alturas, miedo a los espacios cerrados, miedo a contagiarse, miedo a estar tuberculoso, etc., etc. Sabido el significado que se ha de dar a las palabras obsesión y fobia, volvamos de nuevo a nuestro camino. Estas ideas absurdas, esporádicas, desconcertantes, como la de estar pensando a todas horas en si hay o no habitantes en la Luna, en realidad no tienen nada de tal. Para convencerse basta aplicar a su estudio los métodos psicoanalíticos.

Trátase de procesos inconscientes a los que la censura no dejó llegar a la consciencia, deseosa de olvidarlos, afanosa de no volver a sentir, por obra suya, ni remordimientos ni vergüenza.

El proceso quiere salir, la censura lo impide, tiene lugar una represión; pero el proceso emerge desfigurado y el sujeto, no reconociéndolo, no identificándolo, encuéntrase desarmado para combatirlo.

En general, obra de experiencias de la primera infancia.

¿Comprendéis ahora el enorme valor práctico de llegar a conocer los manantiales de sindromes cuya procedencia no sería posible determinar por ninguna otra pauta clínica? Si continuáis honrándome con vuestra atención, conoceréis casos prácticos absolutamente demostrativos.

LA NEUROSE DE ANGUSTIA

Como la neurose de angustia constituye un sindrome que incesantemente aumenta, por culpa de la errónea educación sexual que las actuales generaciones soportan, decidí escogerla, para ejemplo, de cómo el deseo reprimido y no canalizado, puede originar sindromes neurósicos.

Aun cuando las palabras anteriores son suficientemente claras, lo trascendente del concepto justifica la insistencia.

La angustia, como dice Hoche, no es en su esencia sino miedo. El miedo instintivo, hondo, descrito por Guy de Maupassant en su cuento inmortal. Miedo, no a nada definido, sino a algo abstracto. Terrible, destrozador, compatible con comportamientos heroicos, anteriores y posterio-

nos; el sabio en la investigación a que se halla dedicado; el enamorado en el objeto de su amor; pero no tiene nada de normal, lógico y razonable que un sujeto comience de pronto a ser atormentado, a pesar de sus titánicos esfuerzos para evitarlo, por si hay o no habitantes en la luna.—

La fobia no es sino una idea fija, obsesiva, en cuyas entrañas habita el temor: miedo a las grandes alturas, miedo a los espacios cerrados, miedo a contagiarse, miedo a estar tuberculoso, etc., etc. Sabido el significado que se ha de dar a las palabras obsesión y fobia, volvamos de nuevo a nuestro camino. Estas ideas absurdas, esporádicas, desconcertantes, como la de estar pensando a todas horas en si hay o no habitantes en la Luna, en realidad no tienen nada de tal. Para convencerse basta aplicar a su estudio los métodos psicoanalíticos.

Trátase de procesos inconscientes a los que la censura no dejó llegar a la consciencia, deseosa de olvidarlos, afanosa de no volver a sentir, por obra suya, ni remordimientos ni vergüenza.

El proceso quiere salir, la censura lo impide, tiene lugar una represión; pero el proceso emerge desfigurado y el sujeto, no reconociéndolo, no identificándolo, encuéntrase desarmado para combatirlo.

En general, obra de experiencias de la primera infancia.

¿Comprendéis ahora el enorme valor práctico de llegar a conocer los manantiales de sindromes cuya procedencia no sería posible determinar por ninguna otra pauta clínica? Si continuáis honrándome con vuestra atención, conoceréis casos prácticos absolutamente demostrativos.

LA NEUROSE DE ANGUSTIA

Como la neurose de angustia constituye un sindrome que incesantemente aumenta, por culpa de la errónea educación sexual que las actuales generaciones soportan, decidí escogerla, para ejemplo, de cómo el deseo reprimido y no canalizado, puede originar sindromes neurósicos.

Aun cuando las palabras anteriores son suficientemente claras, lo trascendente del concepto justifica la insistencia.

La angustia, como dice Hoche, no es en su esencia sino miedo. El miedo instintivo, hondo, descrito por Guy de Maupassant en su cuento inmortal. Miedo, no a nada definido, sino a algo abstracto. Terrible, destrozador, compatible con comportamientos heroicos, anteriores y posterio-

res. Miedo ciego, ofuscador, irrazonado, que a nada atiende.

Y como cortejo físico, opresión precordial, palpitaciones. En unos casos, aumento de orina; disminución en otros. Sudor frío, viscoso. Sequedad de lengua.

Antes de Freud se hablaba de trastornos de la sensibilidad visceral. Invocábase un funcionamiento anormal del corazón. Buscábase la explicación en el padecer de los nervios vaso-motores. El recuerdo de todas las hipótesis sería abrumador, de pretender hacerlo completo.

Para los psicoanalistas no se trata sino de excitaciones sexuales, que, obligadas a abandonar su ruta normal, tradúcense en angustia.

No es éste el único camino. Herz ha descrito una forma de neurose cardíaca, debida a la falta de satisfacción sexual.

Y que no representan puras disquisiciones teóricas pruébalo el bastar una normalización de la función sexual para ver aliviado el padecimiento.

Por si algo faltara para llevar el convencimiento a los ánimos más reacios a la verdad psicoanalista, existen numerosas comprobaciones históricas.

Jones cita en uno de sus libros las siguientes palabras de la poetisa Safo: «Me basta con mi-

rarte para perder la voz, sentir inmóvil la lengua y llena de calor la cara; mis ojos dejan de ver; mis oídos, poblándose de ruidos, ensordecen; inundándome un sudor frío, tiembla todo mi cuerpo; palidezco, y de tal modo desfallece mi corazón, que creo morir.»

LAS MANIAS

Es casi un estribillo. Repítelo la gente como si de verdad inconcusa se tratara. ¡Todo el mundo tiene manías!

Esta generalización contribuye a restarlas valor.

Sin embargo, poseen un alto interés: el de descubrir la psicología de las gentes. Buena parte de las manías y chifladuras no son sino mecanismos utilizados para satisfacer anhelos íntimos de otro modo irrealizables. Como parodias. Como simulacros, dotados de la virtud de calmar afanes imposibles.

Téngase en cuenta que muchos sindromes psicopáticos no son sino procedimientos para reconciliar al enfermo consigo mismo. Sobre esta cuestión interesantísima volveremos dentro de

unos instantes. Ahora sigamos con las manías, para poner un ejemplo.

Hay muchas amas de casa atacadas por la chifladura de estar cambiando, constantemente, los muebles de sitio. Otras, raro es el año en que no emprenden la aventura de mudarse de domicilio.

En ellas, la Psicoanálisis descubre el ansia reprimida de cambiar de vida. Su manía traduce el estado de ánimo.

DELIRIOS Y PSICOANALISIS

Sostiénese en la actualidad, por la mayoría de los psiquiatras, que las psicosis pueden ser divididas en exógenas y endógenas. Aun cuando en la aparición de unas y otras desempeña gran papel la predisposición, la cantidad en que participa varía considerablemente. En las exógenas es lo esencial el factor externo: alcohol, sífilis, traumatismo; en las endógenas la constitución mental, los modos de reaccionar. En este segundo grupo la posibilidad del padecimiento encuéntrase diseñada desde la infancia. Cuando la alienación surge, no tiene carácter de novedad, sino

de reforzamiento. Volvamos ahora a un ejemplo escogido entre los innúmeros que por libros y revistas circulan y que ya citamos en la primera conferencia.

¿Lo recordáis?

Pueblo pequeño. Las pasiones reconcentradas trepidan como locomotora pronta a partir. Ambiente de odios seculares y envidias viscosas. Uno de los mozos ricos se suicida. Los forenses así lo dictaminan. La situación de las heridas excluye toda posibilidad de crimen.

El muerto tiene un hermano mayor, que sostiene fiera, tozuda, exaltadamente, la posibilidad de un asesinato. Obliga a exhumar el cadáver. Los médicos, unánimemente, rechazan la hipótesis; pero el hermano no ceja. Sus ideas defínense como francamente paranoides. Acaban por sistematizarse. Surge un delirio de persecución.

Según la Psiquiatría usual, no puede pedirse nada más sencillo de explicar. Una constitución paranoide espoleada, azuzada por el dolor, se desarrolla hasta engendar un sindrome típico: delirio de persecución.

Versión psicoanalítica consecutiva al empleo de la norma de Freud: represión originadora de un sindrome psicopático. Los dos hermanos no se llevaban bien. Tenían frecuentes reyertas, durante las cuales no escaseaban amenazas y deto-

nantes maldiciones. El hermano superviviente siente remordimientos. ¿No habrán intervenido como factor esencial en la fatal resolución los disgustos? Admitiendo un asesinato, no hay lugar a que la conciencia se encrespe. Y por un mecanismo inconsciente teje el delirio de persecución, que viene a representar bálsamo apaciguador.

—¡No se mató; lo mataron!

O lo que es igual:

—¡No tuve la culpa; fueron otros!

De este modo, un delirio constituye antídoto de tormentos dantescos, que, sin tal socorro, hubieran llegado a hacer imposible la vida.

LA NOVIA CONTRARIADA

Este que voy a referiros es un caso observado por mí. Carece del marchamo de autoridad mundial que los anteriores pueden exhibir; tiene, en cambio, el valor de lo vivido de cerca.

Un alegato más en favor de las ideas, que intento grabar en ustedes, relativas al carácter de complexos reprimidos presentado por la etiología de muchas psico-neurosis. Al de mecanismo de defensa de sus síntomas.

Muchacha de veinticinco años. Acaudalada. Familia aristocrática. El ojo derecho de su padre, a quien adora. Toda clase de caprichos. Vida fastuosa. Tiene novio. Otro rico, de sangre azul. Entre bueno y tonto. Amigos y aduladores votan por la primera hipótesis; los rivales y muchas personas independientes de buen juicio, muestran su preferencia por la segunda opinión.

Soy llamado. Según los parientes, viene dando la pícara y malhadada casualidad de que tantas veces como se inician los preparativos de la boda, la enferma comienza a sufrir terribles crisis convulsivas, que un internista afamado, médico de cabecera, califica de estado de mal epiléptico.

—¡También es mala suerte ir siempre a presentarse los ataques en cuanto principian a disponerse las cosas!

Esta frase rueda de oído en oído. Atmósfera de compasión honda. Todo es lamentarse de ¡la maldita coincidencia!

La aplicación de los métodos psicoanalíticos me permite averiguar, prontamente, que la enferma se siente atraída amorosamente—aun cuando sin conciencia de ello—por su padre. Casarse equivale a una separación, que su corazón rechaza.

La serie de ataques representa una solución.

Serenadora y eficaz. Sin necesidad de que el secreto sea descubierto, el enlace va aplazándose. La hija puede continuar junto al padre.

Tras una escena dificilísima, consigo que éste me atienda, sin *alarmarse* ni *indignarse*. Hábilmente, basándose en razones de salud y en un certificado mío, rómpense, *amistosamente*, las relaciones.

Dos años después de esta ruptura, la muchacha vive feliz y satisfecha, sin haber sido más víctima de ataques, junto al padre mal amado, que se negara a un tratamiento psicoanalítico decisivo. Véase cómo aun en cuestión de apariencia tan peliaguda y compleja, la Psicoanálisis puede facilitar recursos y ayudas diagnósticas.

EL INFIERNO DE LAS OBSESIONES

Los profanos suelen burlarse tercamente de las chifladuras. Sin embargo, las obsesiones constituyen un tormento verdadero, implacable y dantesco.

Es terrible esta necesidad de estar pensando sin descanso en ideas que el enfermo no quisiera tener, que reconoce absurdas. A pesar de ello,

volver sobre el tema supone alivio. ¡Extraña y paradójica mezcla!

Ni razones, ni medicamentos, sirven de nada. La enferma a que antes hice referencia, dominada por la obsesión de si hay o no habitantes en la luna, acudió a todo, apeló a cuantos recursos la sugirió su imaginación y el consejo de las personas amigas, incluso a visitar el Observatorio astronómico, en demanda de información. Todo inútil.

La vida espiritual se interrumpe. No hay espacio sino para rumiar el pensamiento tenaz que lo invade todo, que llénalo todo.

Es tal la fuerza de este padecer sin tino, que en los libros cítase el ejemplo de suicidas que, obsesionados por el temor de serlo, se matan como medio de librarse de la tiranía de pensar constantemente en lo mismo.

Es clásica la historia del capitán psiquiasténico obsesionado por la idea de morir en el combate del día siguiente, víctima de tan terrible angustia, que para terminar con ella dispárase un tiro en la sien.

Cabría citar una serie inacabable de ejemplos. Los medios terapéuticos habituales fracasan siempre. Como trátase de un origen psíquico ignorado, los recursos farmacológicos poco tienen que hacer, y de los psicoterápicos poco puede espe-

rarse, ya que no cabe exigirlos acción directa sobre una etiología desconocida.

Veamos lo que es capaz de hacer, en estos desgraciados, la Psicoanálisis.

LA MUCHACHA QUE NO PODIA SALIR SOLA

La historia clínica que voy a relatar está publicada en el reciente libro de los psicoanalistas Laforgue y Allardy. La he escogido por fácil de entender y por demostrativa. Prueba, de modo diáfano, el éxito decisivo de las normas de Freud, allí donde resulta corriente ver registrado el fracaso de los otros recursos.

Muchacha de veintidós años. No puede salir sola ni pasar una noche fuera de su casa, ni permanecer mucho tiempo sin tener al lado a algunas de las personas que habitualmente la rodean. A esta fobia obsesiva agrégase un estado general muy malo. Ha sido asistida, reiteradamente, por dispepsia gástrica. Sus uñas presentan un trastorno trófico que préstalas apariencia de valvas de ostra.

La Psicoanálisis descubre que esta señorita hállase dominada por tendencias antifemeninas.

Su ideal inconsciente, encuéntrase integrado por el deseo de no ser mujer, de mantenerse independiente del hombre. No aspira a casarse, y rechazó ya partidos brillantes, que hubieran podido sacarla de su precaria situación presente.

Como defensa contra el amor, apela al mecanismo de denigrar a los representantes del sexo masculino. De este modo corta en flor todo comienzo de simpatía. No ve sino el aspecto malo de los hombres. Excúsalo todo en las mujeres. ¿Razones de esta conducta?

Desde niña no ha cesado de oír a su madre que el amor es algo horrible. Causa la muerte de muchas hembras. El parto desgarra las entrañas. La madre, hablando así, no hace sino traducir su neurose constituída por crisis nerviosas, efecto de la frigidez que padece. El padre es, en cambio, de una dulzura y abnegación ejemplares, por todos alabadas.

Cuando la enferma tenía dos años, su madre la dijo en tono trágico:

—¡Para que aprendas lo que es amor! ¡Han empleado hierros para hacerme parir!

La Psicoanálisis permite encontrar entre las concepciones infantiles de la historiada, la idea de que el amor se hace con un hierro, quizá un

cuchillo. Y en sus sueños aparece el padre en forma de carnicero o de criminal digno de la guillotina.

De este modo, la niña va asociando, automáticamente, las ideas de amor y peligro mortal. En este molde adquieren forma sus reacciones psíquicas, y cuando con la juventud llega el ansia de amar, la respuesta es un miedo terrible a sentirse presa del, para otras, dulce sentimiento.

La Psicoanálisis venció estos temores, y cosa curiosa, cuya trascendencia me limitaré a señalar: curada la obsesión, curó igualmente el padecimiento digestivo y cesaron las alteraciones tróficas de las uñas.

La atención inteligente y ávida con que habéis seguido el relato, anímame a exponeros otro ejemplo, que aun no figurando en mi plan de conferencia, recuerdo a la perfección por haberlo leído recientemente. Pertenece a un libro de Jones.

EL VERTIGO DE LAS ALTURAS

Joven atacado de fobia tan generalizada como la consistente en no poder asomarse al borde de un precipicio o subir a grandes alturas cortadas

a pico. Miedo más que a caer, a tirarse. Tan intenso, que el enfermo se veía obligado a retroceder rápidamente en busca de algo fijo a que asirse. Esta fobia vulgar y abundante, revestía en él caracteres especiales: el sindrome agudizábase cuando al pie de la altura había agua: muelles, pasarelas de los buques. Si junto al enfermo estaba algún desconocido, surgía el temor de ser empujado por él. Las mujeres no le causaban impresión alguna en este sentido. El interrogatorio permitió descubrir los hechos siguientes:

I. El enfermo recordaba haber padecido esta fobia toda su vida. Unas veces más intensamente que otras.

II. Hacía diez años fué con un amigo, de más edad, al concierto. La sala estaba llena y tuvieron que sentarse en el borde de una ventana situada, altura de seis pies, sobre la escalera. Tuvo miedo, mucho miedo, y después de aguntar media hora, acabó por pedir al amigo que le permitiera bajar.

III. Un año antes de este incidente, su padre le hizo subir a una torre terminada en terraza. La terraza estaba protegida por un parapeto. Tuvo miedo también; pero su padre, tomándolo a broma, le obliga a dar la vuelta a la terraza, lo que hace tan lleno de pánico, que ya nunca olvida aquel terrible momento.

IV. A la edad de siete años, y estando jugando en el patio de la escuela, el maestro cógelo en broma por la cintura, y levantándolo por encima de un muro, al otro lado del cual existe gran desnivel, mantiénele suspendido con la cabeza hacia abajo, amenazándole con dejarlo caer.

V. A los tres años, para poner término a una llantina, un amigo de la casa, a quien el niño teme, colócale encima de un balde lleno de agua, amenazándole con tirarlo dentro si no calla.

A primera vista, con tales datos parece resuelto el problema patogénico, como resultante de la coincidencia de una constitución neurósica con varios episodios, equivalentes a otros tantos traumatismos psíquicos.

Sin embargo, la labor psicoanalítica permite descubrir que las cosas no son tan sencillas.

La base de la fobia son dos deseos reprimidos: el deseo de sufrir una «caída» moral y el deseo de hacer caer a alguien.

El enfermo tuvo una triste infancia.

Muy mimado, excesivamente mimado, por su madre, sufrió un gran dolor cuando otro hermanito vino al mundo (él tenía entonces dos años). Amargura infinita al renunciar a ser mecido en los brazos de la madre. Más de una vez deseó la caída al suelo de quien ahora ocupaba su puesto.

Tenía respeto y miedo infinitos a su padre y al amigo de éste, autor de la desatinada idea de sostenerlo sobre el balde. Padre y amigo del padre eran para él cosas idénticas. Cómo los odiaba, cuando el padre le obligó a dar la vuelta a la terraza de la torre, temió que se tratase de hacer con él lo que él deseara para el hermanito, y en que más de una vez pensó respecto al padre.

El odio, los celos y la hostilidad, desarrollados en la primera infancia, persistían en lo inconsciente. Reprimidos, rechazados por la educación y el cariño real que acabó por tener a su padre y a su hermana, estos sentimientos no pudieron ser jamás totalmente conscientes, limitando su exteriorización a una irritabilidad excesiva y a un continuo afán de disputa. Los sufrimientos que la fobia le proporcionaba, eran a sus ojos un castigo. La fobia misma constituíalo también. La Psicoanálisis mejoró todo.

LOS ORIGENES DE LA ESQUIZOFRENIA

El valor cada día creciente de la Psicoanálisis dentro del campo de la Medicina no se limita

a tratar y curar sindromes neurósicos, inabordables por otros medios.

Pretende dar explicación del motivo de que aparezcan procesos no aclarados, hasta ahora, por los autores no psicoanalistas.

Como demostración expondré lo que en este sentido ocurre con dolencia tan de actualidad, tan estudiada y oscura como la esquizofrenia.

Según criterios que imperan singularmente en los fondos de la Psiquiatría germana, la Humanidad puede estimarse dividida en dos grupos: sintonizados y esquizoides.

Dicho en lenguaje asequible a los profanos, sujetos pendientes del exterior y sujetos aislados, recluídos en sí mismos. Seres para quienes los estímulos todos son centrípetos, y seres para quienes los estímulos todos tienen carácter centrífugo.

Del grupo de los sintonizados emergen, entre otras, las ramas de la paranoia, los delirios sistematizados en conjunto, las variantes ciclotímicas. Del de los esquizoides, la esquizofrenia, plaga de la primera juventud, que aisla, enloquece y desvía de los cauces naturales de la adolescencia.

Es la terrible demencia precoz con sus secuelas de alienación y empobrecimiento mental.

Para precisar la patogenia de este padecimiento abundan las teorías.

Pretenden unos hallar la causa en trastornos orgánicos: alteraciones del funcionamiento de los órganos servidores de la misión reproductora, autointoxicación del origen intestinal (Bayarel Holmes), tuberculosis, etc.

Frente a los partidarios de que en los orígenes de la demencia precoz existe un motivo físico, álzanse quienes piensan que la solución ha de buscarse en esferas puramente psicológicas: reducción del contacto con el mundo real (Minkowski), exageración del tipo esquizoide normal (Kretschmer).

No faltan tampoco, ¡cómo iban a faltar!, los amigos de componendas eclécticas defendiendo, con Bleuler, la existencia de un temperamento esquizoide y de alteraciones anatomopatológicas de tipo tóxico.

El problema hállase bien distante de la solución.

Los psicoanalistas han intentado poner término a tal situación. Veamos el punto de vista defendido por Laforgue.

Según este autor, que por ser latino hemos de citar más de una vez en nuestras conferencias, ya que existen profundas diferencias entre el alma latina y la germana, diferencias que forzosamente han de resonar en la Psicoanálisis, el momento del destete representa, para el niño, una

situación difícil: la de encontrar sustitutos afectivos a la madre.

O lo que es igual, el momento del destete inicia la necesidad de adaptarse sentimentalmente al medio.

Esta adaptación no siempre resulta fácil. En muchos casos el niño retrocede acobardado, vuelve a la madre y fíjase en ella de modo definitivo. Resulta incapaz de bastarse a sí propio.

Durante los primeros años de la vida, madre e hijo constituyen una asociación psíquica, sin la cual u otra parecida, el niño no podría vivir. La madre es para el bebé alimento, sostén, compensación a las inferioridades intrínsecas a la edad.

Lo fisiológico es que esta dependencia se rompa en el momento oportuno; pero pueden surgir obstáculos que a ello se opongan:

a) Inferioridad orgánica, hereditaria.

b) Conflictos con los que rodean al pequeñuelo en el curso del destete.

c) Conflictos de orden sexual.

d) Influencias perniciosas de una madre desequilibrada. La neurose puede transmitirse por tradición familiar, de idéntico modo a como se transmite la civilización.

Cuando por una de estas causas el niño llega

a no realizar el sacrificio de su madre, a mostrarse incapaz de libertarse de su influencia exclusiva, brota la afectividad viciada.

Una de sus modalidades es la constitución esquizoide, consecuencia de la ausencia del que pudiéramos llamar, tan libre como didácticamente, destete afectivo.

Para poder seguir en sus razonamientos al autor es preciso que nos detengamos momentáneamente en el análisis de dos términos cuyo conocimiento reviste singular trascendencia. *Tendencia al cautiverio* y *Aptitud de sacrificio*.

La *Aptitud de sacrificio* encuéntrase constituída por la capacidad, inconsciente, del psiquismo, para aceptar, sin reacciones patológicas, cuanto en el transcurso de la existencia guarda analogía con el destete. En la vida normal, a los padres sustituye la patria, a la autoridad paternal la disciplina social.

La *Tendencia al cautiverio* es lo contrario. Implica no aceptar autoridad alguna, resistencia al destete, a no querer vivir fuera del ambiente materno.

Mientras la represión es el sacrificio de un deseo, la tendencia al cautiverió traduce el propósito de realizarlo a pesar de todo. Fingir ignorar para eludir el desencanto de no ver satisfecho. Encerrarse en sí mismo, ajeno a todo, para den-

tro de sí rehuir lo ingrato y quiméricamente ver triunfar lo agradable.

El pensamiento esquizoide tiene valor de filtro. No deja pasar sino aquello que le es halagüeño. A la manera de las camarillas cortesanas cuando transmiten a su rey noticias de actualidad.

El esquizoide es un refugiado. Un espíritu que vuelve los ojos para no ver el peligro.

No pretendemos sostener aquí ni el acierto ni el error de Mr. Laforgue. Nuestras aspiraciones redúcense a la aportación de un ejemplo. A probar cómo la Psicoanálisis puede intentar el hallazgo de soluciones, en lo que a la patogenia de muchas dolencias se refiere.

* * *

Y nada más. Vuestra paciencia debe estar a punto de extinguirse.

Con lo expuesto basta para poner de relieve cuán amplios son los horizontes de la doctrina psicoanalítica, en relación con la Medicina.

Lo mismo en el terreno teórico, aportando hipótesis y teorías, que en el práctico, consiguiendo curaciones.

No soy sectario, ni siquiera apasionado de las doctrinas de Freud. Empleo sus pautas en la curación de mis enfermos, porque no poseo instru-

mento mejor. El día en que se descubra un medio más sencillo, menos largo y enojoso, inmediatamente lo adoptaré; entre tanto, estimo un deber anteponer a toda idea teórica de escuela la conveniencia de los pacientes.

Y para que el público juzgue, no estará de más airear de nuevo un hecho: algunos de los cofrades contrarios a la Psicoanálisis, lo son reconociendo no haberlo ensayado ni una sola vez.

PSICOANALISIS Y MORAL

× Oyese repetir con monotonía de carcoma que el mundo atraviesa honda crisis moral. ¿Es cierto?

Si por crisis moral ha de entenderse inferioridad ética, carece de fundamento la afirmación. Los hombres de esta época no son peores que sus antepasados, si acaso mejores. Precisamente de las pocas ventajas que tuvo la gran guerra, fué una poner de relieve cómo las posibilidades de abnegación y sacrificio no habían disminuído, sino aumentado en el mundo.

En ninguna otra guerra se registraron tantos rasgos de heroísmo, generosidad y desprecio a la muerte.

El error radica en que las gentes estiman como crisis moral lo que es sólo diversidad de procedimientos.

La especialización agrupa a los hombres en castas intelectuales. El mecanismo mental es distinto en el abogado, el médico, el obrero manual, el artista, etc. Su concepto de la moral no puede

ser idéntico, y menos que el concepto, la manera de predicar el bien.

He aquí la clave:

Los filisteos califican de inmoral la práctica del bien por caminos distintos al que ellos escogieron. Atienden antes que a la finalidad a la ruta. Preocúpales más el modo que el efecto. Y como cada día resulta mayor el número de parcelas intelectuales, tradúcese por acrecentamiento de la inmoralidad lo que no es sino aumento de caminos a seguir en la práctica del bien.

Ejemplo:

Los moralistas clásicos, cuando de robar se trata, califican de bueno a quien, teniendo ocasión de apoderarse de lo ajeno, no lo hace y de malo a quien aprópiase de lo que no es suyo.

Nada más sencillo ni menos expuesto a cavilaciones. ¿Roba?, ¡un malvado! ¿No roba?, ¡un hombre bueno!

A pesar de lo que a todos halagará enfrontarse con problema tan sencillo, aspiro a veros prescindir de la comodidad siguiéndome a través de trayectorias rectilíneas.

El pretendido hombre honrado, benemérito, pudo no robar por varios motivos. Algunos bien distantes de constituir razón de enaltecimiento rotundo.

¡Veamos!

Pudo renunciar al botín por miedo a ser prendido. Habréis de reconocer que distan mucho de ser términos sinónimos honradez y miedo a la Guardia civil.

Siempre que una persona pudiendo robar no lo hace habrá que cotizar, antes de entregarse a la alabanza frenética, este factor. La honradez de las gentes suele hallarse en proporción inversa de la eficacia policial.

Cabe también que nuestro héroe no robe por orgullo de raza. Por miedo al descrédito social. Tampoco sería lícito invocar en este caso perfecciones espirituales. No ha de igualarse, aun cuando los efectos sean idénticos, a quien no peca por virtud y a quien no peca por miedo al qué dirán.

Por último, necesítase precisar el valor intrínseco de la presa. No quedarse con una cartera repleta de billetes será obra meritoria, digna de toda alabanza en un pobre. Rechazar intentos de soborno, a base de un puñado de pesetas, no justificaría el elogio de un funcionario rico.

Véase cómo en el bien existen muy diversos caminos y gradaciones.

Además de la constitución de cantones espirituales, propios de la actual sistematización intelectual, influye en la ausencia de una ruta única la falta de cultura filosófica y la polarización actual de las religiones, en especial la católica.

La gente carece, en los tiempos que corren, de lastre filosófico. Fuera de ciertos cenáculos profesionales, la Filosofía adolece de falta de cultivadores. La clase media española, y no hay que decir que mucho más intensamente la aristocracia, permanece al margen de la evolución filosófica.

Basta con iniciar conversaciones relacionadas con este tema para convencerse.

EVOLUCION RELIGIOSA

La religión tampoco representa el ambicionado cemento unificador. Por culpa de los fieles va degenerando, pese al esfuerzo de algunos sacerdotes sensatos, de código de moral sana, en fetichismo ofuscado y antirreligioso.

Nunca como ahora tuvo actualidad la frase famosa del Cardenal Bourret: ¡bueno y religioso no son términos sinónimos!

El rito oscurece y relega a segundo término al dogma. El culto a imágenes no siempre estéticas domina sobre la adoración a Dios. Iglesias hay donde cuesta trabajo encontrar una imagen de Cristo. De Dios se habla poco. Las Vírgenes imperan. En lugar secundario; pero todavía sin-

gularizado los santos y de este modo la moral magnífica del hijo de María vase olvidando entre la escenografía de guirlache de los templos modernos y la teatralidad efectista, a que ni los reflectores policromos falta, en algunos santuarios de tan místico abolengo como Lourdes.

Este olvido del dogma fomenta la beatería, dificulta la bondad pura y excelsa. Cada vez disfrázase más el pensamiento de Cristo. Cada vez preténdese, también, con más ímpetu compensar este sacrilegio con novenas a imágenes.

No existe, por tanto, posibilidad de que la religión constituya el tejido conectivo que trabe las voluntades, haciendo factible un sendero único para llegar al bien.

Esta disgregación, esta diversidad de rutas es lo que concede a la Psicoanálisis su significado de cooperador a la constitución de un nuevo sentido ético en el que sean tenidos en cuenta los factores capaces de aclarar el por qué de muchas bondades y pecados, que no son en esencia sino resultantes de la lucha *inconsciente* entre los principios del placer y del deber.

Ha de pensarse que si cabe influir en el alzamiento de las barreras de la censura, nada nos es dable hacer por modificar los abismos de lo inconsciente, ni en amplitud ni en contenido.

LOS TIPOS MORALES

Siempre que de moral se trate habrán de distinguirse tres tipos:

a) El moral.
b) El inmoral.
c) El amoral.

a) El *moral* puede serlo por dos razones: por no sentir tentaciones de ser malo o porque, sintiéndolas, las rechace.

El conocimiento de estas dos modalidades es de singular interés, cuando de justificaciones éticas se trata.

b) El *inmoral* es un ser que sobre la moral oficial alza otra.

La moral encuéntrase integrada por un conjunto de reglas puestas de acuerdo con el espíritu de la época y encaminadas a facilitar la vida en colectividad. Por eso varía con los tiempos, con las regiones, con las edades.

No hay una moral única, aun cuando en el fondo casi todas tengan por fondo el respeto al prójimo y a la propiedad del prójimo. La moralidad no es sino un fenómeno de adaptación.

El inmoral de hoy puede ser el moral de mañana. En infinidad de ocasiones la humanidad se vió obligada a rectificar. El caso de Juana de Arco quemada en la hoguera por hereje y hoy santa, ahorra palabras.

c) El *amoral* es un enfermo mental. Se caracteriza, no por poseer moral distinta de las gentes de su tiempo y de su patria, sino por carecer de ética.

Imbéciles morales llaman a estos enfermos algunos autores.

Incapaces de adquirir concepto claro de lo que es el bien y de lo que constituye el mal.

Oído esto seguramente hay en vuestros labios una pregunta, dispuesta a presentarse rápidamente. ¿Qué motivos conducen al inmoral a profesar código distinto del de los demás?

De ello da razón, en muchos casos, la Psicoanálisis.

EVOLUCION SEXUAL DEL NIÑO

Hemos llegado a la parte de la doctrina de Freud más difícilmente aceptada. Aquella que más contradicciones suscita y enemigos crea. Ad-

mitir que el niño pequeño posee una vida sexual intensa es algo tan en pugna con la gazmoñería ambiente, con los prejuicios y con la cómoda ignorancia que no cabe extrañar la terca incomprensión de profanos y no profanos.

En las épocas primeras de la vida, durante el período de lactancia, la satisfacción de los instintos sexual y de nutrición muéstrase, constituyendo un solo acto: mamar. El mayor obstáculo con que este hecho tropieza en el camino de los acatamientos es lo comúnmente que suelen confundirse los términos genital y sexual. Nada sin embargo más sencillo de diferenciar. Los órganos genitales son los servidores de un aspecto local de la función de reproducirse. La sexualidad una función síntesis del organismo. Por ser así, la sexualidad no desaparece con la castración. Tras esta frase surge otra, la *autoerótica*. El niño persigue calmar su Libido—hambre sexual—en sí mismo. Es el momento de la creación de zonas erógenas. Los instintos básicos de la vida: sexual y nutrición, se han seperado.

Por *zona erógena* entiéndose aquella cuyo estímulo produce un goce de tipo sexual. Son de dos clases las fisiológicas, las normales y las creadas artificialmente.

Los labios, los pezones, por ejemplo, son zonas erógenas normales.

Durante la fase autoerótica, el fin sexual del niño tiene por objeto el estímulo de zonas erógenas, en proporción suficiente para la aparición del placer.

Tercera fase.—El niño deja de ser autoerótico, de buscar en sí mismo el placer. Comienza a sentirse atraído por personas de su alrededor. Nace el llamado complexo de Edipo, en cuyo seno rugen las fuerzas ciegas que han de dar lugar a la deferenciación sexual. El niño siéntese atraído por la madre, la niña por el padre.

Las desviaciones, las hipertrofias parciales, las faltas de desarrollo ponderado, dan lugar a infinitas variantes de que no podemos ocuparnos aquí.

Cuarta fase: amnesia.—El niño olvida toda esta prehistoria borrascosa, forja de la personalidad, donde cada error tiene categoría de paso irremediable hacia la desgracia.

Es la zona temible que, hasta Freud, ignoraron padres, médicos y maestros, a pesar de suponer la clave decisiva.

Tras ella un período de menor interés, de calma, hasta la adolescencia, donde la sexualidad adoptará nuevas modalidades. Adquieren singular categoría las secreciones sexuales. El acumulo de ellas, en el organismo, crea un estado

de tensión sexual que hace surgir la excitación, base del deseo.

Tal es, expuesta brevemente, la evolución sexual. Aun habiéndonos limitado a un esquema, reducido a lo sustancial y podado de sus más sugestivas dicotomizaciones, basta con lo expuesto para comprender el origen de las perversiones sexuales, que la gente suele llamar vicios, no siendo sino desgracias.

El estudio, también somero, de las principales de ellas nos servirá para poner de relieve el alcance de los métodos psicoanalíticos, como creadores de bases para una nueva moral.

HOMOSEXUALIDAD

La atracción morbosa hacia personas del mismo sexo representa una de las perversiones más frecuentes y mejor estudiadas.

La explicación froidiana es la siguiente: Durante los primeros meses de la vida hay indiferenciación sexual. Existen unidos, mezclados, caracteres masculinos y femeninos. La diferenciación no traduce sino predominio de uno de los tipos, sin que el opuesto desaparezca. O, lo que

es igual en el varón, predominio de caracteres masculinos sobre los femeninos; en la mujer de los femeninos sobre los masculinos.

Cuando esta desigualdad de desarrollo no tiene lugar dentro de los cauces habituales, puede ocurrir inversamente, dándose el caso de un varón con predominio de los caracteres femeninos o viceversa, o, por falta de diferenciación, de uno de esos tipos ambiguos que no acaban de mostrarse, psicológicamente, hombre ni mujer.

No hacen falta mayores insistencias para comprender cómo durante la fase del complexo de Edipo es cuando principalmente pueden originarse deformaciones y desviaciones susceptibles de trastocar la evolución normal.

Pero las cosas no son, desgraciadamente, tan claras como parece deducirse de estas palabras. Los tipos clínicos resultan más complejos. Los homosexuales no son atraídos tan totalmente por su propio sexo que olviden los encantos del contrario. Los invertidos profesionales copian las maneras, ademanes, adornos y afeites del sexo opuesto. Remedan ellos a las mujeres. Son ellas hombrunas.

Parece como si, fluctuando entre dos apetencias y no pudiendo decidirse, prefiriesen los llamados homosexuales personas con caracteres de ambas clases.

Son, pues, los invertidos seres desgraciados, esclavos de la precisión de buscar el placer sexual por derroteros distintos de los corrientes.

FETICHISMO

Las zonas erógenas tienen un valor determinado en los sujetos normales. Pero dentro de ellas existe una prelación, variable según los individuos. Para algunos ningún encanto de la mujer es comparable a los ojos; para otros la máxima seducción radica en las manos. Preferencias son éstas que nadie estima fuera de lo sano. Pero en ciertas personas tienen lugar supervaloraciones capaces de adquirir tal importancia que desvían por entero la calidad y modalidades del acto sexual. Así ocurre con la perversión, cada día más extendida, de asignar a la boca calidad de órgano base del placer sexual.

Y tal puede llegar a ser el impulso fetichista que el sustitutivo del objeto sexual esté constituído una parte del cuerpo totalmente inapropiada a tales fines, como los pies o el cabello—ejemplos de Freud—u objetos inanimados que

estuvieron en contacto con la persona amada: prendas de vestir, ropas blancas—ejemplos de Freud—.

El fetichismo hállase, pues, integrado por la transformación en fin sexual de lo que ordinariamente no posee tal carácter.

El fetichismo suele encontrarse ligado a impresiones sexuales de la primera infancia. No pocas veces son su urdimbre asociaciones inconscientes de ideas simbólicas.

AUTOEROTISMO

Como acabamos de ver, los niños todos atraviesan por una fase autoerótica, durante la cual buscan y encuentran en sí mismos el objeto sexual.

Son varias las manifestaciones objetivas de tal verdad. La succión de sus dedos, de una tetina de biberón, etc.

En nuestro país, estas ideas, repetimos, hallan gran resistencia. Pese a tan arbitraria actitud son

Son, pues, los invertidos seres desgraciados, esclavos de la precisión de buscar el placer sexual por derroteros distintos de los corrientes.

FETICHISMO

Las zonas erógenas tienen un valor determinado en los sujetos normales. Pero dentro de ellas existe una prelación, variable según los individuos. Para algunos ningún encanto de la mujer es comparable a los ojos; para otros la máxima seducción radica en las manos. Preferencias son éstas que nadie estima fuera de lo sano. Pero en ciertas personas tienen lugar supervaloraciones capaces de adquirir tal importancia que desvían por entero la calidad y modalidades del acto sexual. Así ocurre con la perversión, cada día más extendida, de asignar a la boca calidad de órgano base del placer sexual.

Y tal puede llegar a ser el impulso fetichista que el sustitutivo del objeto sexual esté constituído una parte del cuerpo totalmente inapropiada a tales fines, como los pies o el cabello—ejemplos de Freud—u objetos inanimados que

estuvieron en contacto con la persona amada: prendas de vestir, ropas blancas—ejemplos de Freud—.

El fetichismo hállase, pues, integrado por la transformación en fin sexual de lo que ordinariamente no posee tal carácter.

El fetichismo suele encontrarse ligado a impresiones sexuales de la primera infancia. No pocas veces son su urdimbre asociaciones inconscientes de ideas simbólicas.

AUTOEROTISMO

Como acabamos de ver, los niños todos atraviesan por una fase autoerótica, durante la cual buscan y encuentran en sí mismos el objeto sexual.

Son varias las manifestaciones objetivas de tal verdad. La succión de sus dedos, de una tetina de biberón, etc.

En nuestro país, estas ideas, repetimos, hallan gran resistencia. Pese a tan arbitraria actitud son

hechos merecedores de beligerancia y atención. El no ser fenómenos observados en todos los niños, hace pensar que su aparición tiene lugar sólo en aquellos en los cuales la categoría erógena de ciertas zonas ha sido reforzada.

Este refuerzo perdura a través de la vida entera, traduciéndose de adultos en afición a las perversiones de base bucal, en afición a la bebida. Si aparece una represión violenta: en repugnancia a la comida, en vómitos del tipo de los llamados histéricos.

La creación de zonas erógenas no habituales o la concesión de importancia singular a zonas ordinariamente de escaso valor determina infinidad de desviaciones del instinto, que todo técnico debe conocer.

Análogamente a lo que venimos haciendo, apelaremos a ejemplos y no a argumentos teóricos, para hacernos entender.

La zona anal, por su contigüidad con la genital, puede adquirir condiciones de erógena. Un buen signo de estas desviaciones revélase por el afán que muchos niños ponen en retardar el acto de la excreción. Pequeños hay que no defecan cuando se les coloca en el orinal, sino cuando quieren; tan claro es el carácter íntimo de estas rebeldías, que las familias, ignorantes de todo razonamiento psicoanalítico, llámanlo vicio.

Los órganos de la micción son dotados también en muchas ocasiones de significación erógena. A ello débese la mayoría de las cistitis y vulvutis, padecidas por las niñas.

Los hábitos de masturbación del adulto no son sino resultado de un mecanismo sencillísimo. El sujeto, no pudiendo encontrar satisfacción para su Libido por vías y procedimientos normales, retrocede a etapas anteriores, en demando de pautas que en tiempos pasados permitiéronle calmar sus deseos.

El masturbador no es sino un caminante que, habiendo encontrado cortado el camino, infranqueable, vuelve al punto de partida.

Casi todas las perversiones presentan esta cualidad de traducir un retorno en busca de modos más fáciles y asequibles.

DEL PLACER PRELIMINAR

Como prueba, vamos a ocuparnos de la interesante cuestión del placer preliminar.

Denomínase placer preliminar a la sensación resultante de la excitación de una zona erógena.

Conviene diferenciarlo del placer final, consecutivo a la eliminación de las materias sexuales. La importancia del placer preliminar deriva de que en los sujetos de sexualidad no fisiológica puede reducirse a él la finalidad sexual.

El mecanismo inicial es idéntico al que acabamos de citar. La imposibilidad de llegar al placer final hace retroceder al enfermo hasta conformarse con solo el placer preliminar.

Una de estas desviaciones produce el exhibicionismo.

Las consecuencias ideológicas de estos procesos son enormes en lo que a la moral se refiere. No cabe solicitar idéntica sanción ni puede ser igual el juicio merecido y los remedios a invocar, cuando se piensa estar ante un vicioso responsable de sus actos y culpable, por tanto, de sus aberraciones, que cuando se cree hallarse ante una pobre víctima de errores ajenos o de idiosincracias constitucionales, fuera de la zona de acción de la voluntad.

La Psicoanálisis, como tantas otras normas psicológicas modernas, tiende a modificar la moral, no porque sea este su fin ni su propósito, sino por modo tan inconsciente como inevitable.

Variando el concepto de los orígenes de un pecado o delito, han de cambiar los términos restantes del problema.

Las doctrinas de Freud en este sentido poseen un carácter altamente revolucionador, al transportar a la primera infancia la base de las perversiones sexuales.

Un paso más y nos hallaremos colocados ante un tema, en el que culmina la trascendencia de todos estos puntos de vista: la crueldad en el amor.

SADISMO Y MASOQUISMO

Sería ofensivo para vosotros y necio por mi parte, dilapidar tiempo en el análisis amplio de lo que significan las palabras sadismo y masoquismo.

Me concretaré a sucinta evocación.

En amor rara vez se da, acaso fuera más exacto decir nunca, la identificación espiritual y física de los protagonistas. En ocasiones corresponde a él la categoría de tirano, la de esclavo otras. Ella es unas veces quien manda, quien obedece otras.

Existen, pues, en toda pareja dos actitudes diferentes: querer y dejarse querer. Los clásicos yunque y martillo.

Estas dos actitudes reflejan dos estados psico-

lógicos: gozar imponiendo y gozar dejándose imponer. Las raíces de las modalidades morbosas: sadismo y masoquismo.

El *sadismo*—llamado así porque gozar haciendo sufrir tuvo en el Marqués de Sade un panegirista, pese a las apariencias, más teórico que práctico—presenta rica gama de matices: desde el inofensivo hacerse el enfadado, no estándolo, para atribular a la pareja, hasta el violador de cadáveres; desde quien gusta de trocar los besos en mordiscos, hasta el descuartizador de mujeres como nuestro popular Sacamantecas y el no menos famoso, cruel y repugnante Landrú; desde quien no se satisface si no hace llorar a la persona amada, hasta quien sólo acierta con los caminos del placer derramando sangre o dejando huellas acardenaladas en el cuerpo de la Deseada.

En general, el sadismo es masculino en sus exteriorizaciones patológicas; en sus formas moderadas pertenece, como cualidad inherente, a quien se deja querer, al que desempeña el siempre grato papel de martillo.

Caben, por tanto, considerar divididos a los sadistas en dos grupos: accidentales y constitucionales.

El *masoquismo* debe su nombre al del literato Sacher Masoch. Su vida y su obra constituyeron

una glorificación del placer de sufrir. Como en el sadismo, cabe recoger infinidad de matices: desde quien saborea sus celos como si fuese un deleite, hasta quien goza viéndose herido, rajadas las carnes por un arma que el amado maneja; desde la hembra que gusta sentirse mordida en vez de besada, a la que mide la cantidad de cariño inspirado por la abundancia de golpes recibidos del amante; desde quien halla satisfacción en sentirse humillada, vejada, a quien para gozar necesita ser golpeado, maltratado. Como le ocurría a Rousseau.

De ordinario, el masoquismo es femenino en sus manifestaciones extremas; en sus aspectos moderados, propio de las personas a las que en la tragicomedia del amor correspondió el doloroso papel de yunque, de aguantador de golpes.

El origen de estas actitudes, que hemos llamado constitucionales, para hacernos entender en cuanto a lo remoto, permanente e intrínseco, es muy complejo. Casi siempre procede de haber presenciado el niño un acto sexual al que concedió carácter sadista o masoquista. Una impresión violenta de este género en los primeros años de la vida basta para marcar derroteros decisivos, en uno u otro sentido.

En otros casos trátase de un mecanismo totalmente antípoda, del que sirve de origen el feti-

chismo; de una valoración inferior; de una resta de prestigio sexual.

Claro que en lo referente al sadismo. Por lo que al masoquismo atañe, los términos deben estimarse cambiados.

Ha de no olvidarse que el sadismo, en su esencia, reune todas las actitudes activas y el masoquismo todas las pasivas. Freud sostiene la ausencia de los tipos puros de sadista y masoquista.

El sadista es masoquista y viceversa. Sadista para unos, masoquista para otros. Acaso no se trate en el fondo sino de una ruptura del equilibrio existente, en todo ser humano, entre el elemento activo y pasivo.

FRIGIDEZ FEMENINA

Con el planteamiento de este importantísimo problema terminaremos nuestra conferencia. Encuéntrase ligado el estudio de la frigidez femenina al tema, siempre lleno de sugestiones, del adulterio, tan inquietante en países como el nuestro de código penal desigual para los dos sexos y falto de la solución justiciera del divorcio.

No obtener placer alguno como resultante de la unión sexual, convierte ésta en un suplicio.

Los hijos no son deseados, ámaseles luego con dificultad El hogar tórnase triste, sombrío. El desencanto y el tedio alzan en él sus tiendas.

La Psicoanálisis permite en ciertos enfermos hallar soluciones vedadas a cualquier otro procedimiento. Para percibir claramente las razones de esta eficacia bastará con recordar que la frigidez obedece, en la casi totalidad de los casos, a traumatismos psíquicos, sufridos antes de la pubertad. En una observación muy divulgada a haber sorprendido la niña a su padre, borracho, obligando a desnudarse a la madre.

Sobre este fondo de recelo hacia el sexo contrario viene a sumarse, en ciertas mujeres, el horror de una noche nupcial mal conducida.

La mayoría de los adulterios femeninos suelen incubarse durante esas horas trágicas en que el egoísmo sexual del varón, la torpeza y la falta de preparación psicológica convierten en intolerable y odioso el momento que debiera ser flor de la vida, dadas las polarizaciones espirituales de nuestra civilización.

Pero, desgraciadamente, el problema de la frigidez femenina no siempre puede reducirse a un esquema tan claro como el de: *frigidez femenina igual a traumatismo postpuberal más conducta torpe del marido en la noche de bodas.*

En primer término, porque no sólo en casadas

se presenta; en segundo, porque aparece en mujeres a cuyo esposo nada cabe reprochar, y en tercero, porque abundan ejemplos donde la frigidez existe frente a toda clase de hombres, menos a los pertenecientes a un tipo físico determinado.

En estas observaciones descúbrese, aun cuando no siempre, la influencia del padre—recuérdese el complexo de Edipo de que ya hemos hablado, y sobre el que hemos de volver en la próxima conferencia—. La frigidez puede conducir a la mujer a ir pasando de unos brazos masculinos a otros, en persecución de la dicha que jamás llega.

Muchas mujeres calificadas de lascivas, ateniéndose a la frecuencia de sus aventuras, no tienen nada de tal. Son verdaderos casos de frigidez.

Esta, además de hacer imposible la dicha, ejerce dañina acción sobre la parte somática. Crea estados neurósicos que a un médico poco experto o poco decidido en el interrogatorio, pueden despistarle totalmente, con grave perjuicio para su prestigio. La frigidez femenina presenta formas atenuadas, traducidas en exigencias para el momento de la unión sexual, que si objetivamente rondan el ridículo, subjetivamente saturan la vida de tristeza.

Nadie ignora, en Madrid, que la amante de un torero famoso exigíale acudir a las citas en traje de luces.

La frigidez lleva a compensaciones solitarias capaces de comprometer seriamente la salud, a prácticas homosexuales, a cobijar odios contra el sexo masculino. A veces con fuerte resonancia política. En las raíces de lo que Gómez-Ocaña llamó *hominismo*, oposición al feminismo legítimo y sano, suele hallarse una considerable participación etiológica de la frigidez. Y del complexo de castración.

En demostración de lo que cabe esperar de la Psicoanálisis, en lo que a la frigidez femenina respecta, voy a relataros para final una interesante observación de Laforgue. Por ningún procedimiento pudo lograrse el éxito, conseguido al fin con las normas de Freud, el calumniado.

Mujer de veintisiete años. Tiene miedo a volverse loca. En el momento de acostarse se ve invadida por fuertes neuralgias. Penosísima sensación en la nuca, como si tuviera pesando sobre ella una barra. Terror. Acaba por irse a casa de su suegra con el marido y el único hijo que tienen.

Mujer sencilla, empleada en una oficina, a quien los compañeros profesan gran estimación. El marido, de carácter modelo, habla muy bien de ella. Sólo encuéntrala que en la intimidad con-

yugal *no es como antes*. Tiende a rehusar las relaciones matrimoniales.

Laforgue observa que la enferma habla pesando las palabras, reflexiona mucho antes de soltarlas y salpica de llanto las conversaciones.

Declara amar a su marido; pero quisiera que sólo se comportase como un camarada, ¡como un buen camarada! ¡Es una pena que los hombres sean así! No cabe dudar que la enferma M. de T. acusa gran resistencia al acto sexual. El análisis del caso demuestra que se trata de un sentimiento general frente a los hombres todos. La gustaría no tener en la oficina sino compañeras.

La juventud de M. de T. no presenta nada de particular, sino el intenso cariño hacia su padre, muerto cuando tenía ella diez años.

La educación maternal fué severa, escrupulosa. Más de lo corriente en su medio social. A los diez y siete años, conoce al primer marido. Cásase ilusionada, creyendo poder reconstruir el cariño de su padre, que tan dichosa la hacía. Desilusión. El marido es un borrachín, brutal soez, que la pega. M. de T. se sacrifica con insuperable grandeza de alma, esperando llegar a regenerarlo.

Esfuerzo inútil. Al convencerse no tiene ya sino un pensamiento, librarse de aquel bruto al-

coholizado, hacerse independiente; lucha con sus apetitos sexuales y llega a vencerlos, estimando el amor como un suicidio. Divorcio.

Cuando acepta a su segundo marido es por no verse tan sola. Se entrega; pero indiferente y fría. La exaspera la resignación y bondad del esposo. A veces, piensa en corresponder a este noble amor; pero evoca las escenas terribles del primer matrimonio, y logra siempre dominarse.

Poco a poco llegan a tal extremo las cosas, que M. de T. termina por no poder estar a solas con su marido. La existencia hácesela imposible.

La Psicoanálisis devuelve a la enferma el gusto a la vida. Desaparece la frigidez. La dicha retorna al hogar.

* * *

Hora es ya de terminar esta muy compleja conferencia. Si repasáis vuestros recuerdos, tengo por seguro que percibiréis sin dificultad cómo la Psicoanálisis, dando explicación del por qué de muchas desviaciones éticas, puede y debe influir en la colocación de los jalones de una nueva moral más comprensiva y humana. Más atenta a las causas que a los efectos.

BIBLIOTECA NACIONAL

PSICOANALISIS Y PEDAGOGIA

La necesidad de no adjudicar a las conferencias longitud excesiva, oblígame a distribuir las cuestiones de modo que, a no existir esta razón, podría reputarse arbitrario.

Así, hoy, en que el tema impone hablar, desde el comienzo, de Pedagogía, véome obligado a dar principio al discurso, procurando fijar el concepto de lo que Freud entiende por SUPER-YO, tarea imposible de no volver sobre el llamado complexo de Edipo, tantas veces citado por nosotros.

Complexo de Edipo es la denominación con que desígnase una de las etapas de la evolución sexual. Durante ella, el niño siéntese atraído por la madre; la niña, por el padre.

La reacción natural consiste en la ruptura, en la separación; pero tal remedio no siempre resulta fácil. Los pequeñuelos con predisposición neuropática o criados en ambiente desfavorable o rodeados de personas en desacuerdo con la

conducta que debieran seguir, encuentran grandes obstáculos para dejar de sentirse sujetos por dicha atracción.

En casos tales, tres posibilidades se presentan:

a) El niño *no renuncia* a su afecto. Retrocede. Para refugiarse en sí mismo, aislándose de cuanto le rodea. Créase así una constitución esquizoide.

b) El niño *logra liberarse a medias*. La desinserción es parcial. No total. Nace un sindrome neurósico.

c) El niño descubre como solución *identificarse* con el padre o la madre. Con ello cesa el conflicto. Considerándose el objeto amado, termina el amor en lo que tiene de objetivo, de centrífugo.

Pero surge, como consecuencia, un afán de acatamiento al principio de autoridad, y un irrefrenable propósito de imitación, de copia. Necesidad de desempeñar con absoluto verismo el papel del personaje incorporado. Esta identificación es la originadora de la polarización psíquica que Freud llama SUPER-YO, en su inquietante libro «Das ich und das Es».

Y como llegamos ahora a uno de los aspectos más complejos de la Psicoanálisis habréis de concederme amplio crédito de tiempo y de atención.

EL MI, EL YO Y EL SUPER-YO

Os interesa mucho poseer una diferenciación clara de estos conceptos.

El MI (los franceses tradúcenlo por su ça) *equivale al inconsciente*. Arsenal de los instintos. Los arcones en que guárdase la experiencia filogenética y ontogénica. El abismo adonde la censura arroja los deseos. Los crisoles donde se funde el afán de verlos satisfechos; satisfacción que supone devolver la calma al pensamiento, cuyo equilibrio rompiera su aparición.

El YO *abarca las zonas consciente y subconsciente*—preconsciente de algunos autores—. Los franceses desígnanlo moi. La obra de la experiencia individual. Son los dominios de la realidad.

El SUPER-YO pertenece también a esta zona. Resulta de una canalización forzada del complexo de Edipo. Se le ha calificado de heredero de éste. Puede estar de acuerdo con el YO, constituyendo la mejor de las soluciones. La mejor; pero no la más frecuente.

El SUPER-YO tiene sobre todas sus otras mi-

siones la crítica. Oponerse a cualquier tentación, sentida por el YO, de permitir que suban a flor de consciencia las derivaciones de la sexualidad infantil. Guardián encargado de que la amnesia, colofón de las primeras etapas del desarrollo sexual, no sea vencida.

El SUPER-YO integra, pues, en grado considerable la legión de las tendencias morales y estéticas a que se debe la represión. Refuerzo, aun cuando no siempre beneficioso, para las aduanas de la censura. El SUPER-YO es el YO ideal. Pero un ideal inconsciente. En su casi totalidad. Irrazonado.

LA REACCION TERAPEUTICA

Con este título califica Freud el hecho de que, en algunos enfermos, la aplicación de los métodos psicoanalíticos, en vez de mejoría, produzca empeoramiento.

Existe en los orígenes de esta paradoja tal enmarañamiento, que el ánimo inclinaríase a esquivar su examen, si la actitud de ustedes no repre-

sentase poderoso estímulo y olvido de la dificultad que representa exponer, comprensivamente, tal tema a un público profano. La clave es esta: *Identificado el enfermo con el pariente objeto de su atracción, aparece un sentimiento de crítica correctiva de los desmanes del MI, y especialmente del YO.*

El llamado *auto-castigo*. El enfermo renuncia a liberar el YO porque opónese a ello el SUPER-YO, representante del espíritu paterno o materno. Símbolo del principio de autoridad.

Verdaderas y enconadas luchas en donde a veces el auto-castigo puede reconocer procedencia totalmente opuesta: imposición del YO como respuesta a la tiranía del SUPER-YO.

Para que ustedes puedan asomarse, siquiera sea fugazmente, a la entraña de los conflictos entre el YO y el SUPER-YO y a la desesperada defensa que de sus conveniencias hace la paz interior, les citaré la existencia de un mecanismo singular, merced al cual algunos niños atormentados por la indecisión ante la eterna e irreductible dualidad, entre cuyas redes se debate el espíritu: padre y madre, principio activo y pasivo, elemento masculino y femenino, apela a la identificación con una madre falica, que logrando la unidad hácelos fuertes ante sí mismos y ante cuantos le rodean. Incluso el psicoanalista. ¡Si

vierais qué difíciles son estos enfermos! Así se forjan muchos casos de resistencia a la Psicoanálisis.

Por ahora, nada más del SUPER-YO. Volveremos a encontrarlo.

IDEAS FUNDAMENTALES

Terminado el ineyitable rodeo, correspóndeme exponeros cuatro ideas básicas a través de las cuales espero habréis de vislumbrar lo trascendente que para la Pedagogía es la orientación froidiana.

I. PUJANZA DE LO INCONSCIENTE.—Si por Pedagogía no ha de entenderse dogma, sino canalización, es importante no olvidar la fuerza ciega, cargada de motivos ancestrales, que lo inconsciente representa. La Naturaleza exterioríza-se en él. Los instintos básicos, ignorantes de la Etica, obra mutable de los hombres de cada época, no guardan relación alguna con la voluntad. Ni dependen del individuo. Puede éste luchar con ellos y hacerse la ilusión de que los vence; pero no pensar que en su nacimiento tuvo participación.

Las deducciones prácticas de este principio son merecedoras de alta pleitesía. En general, los educadores al uso inclínanse a pensar que el deseo es cosa voluntaria. Se desea o no, según se quiere; proposición totalmente reñida con la verdad. Los deseos brotan *¡siempre!* esporádicamente. Traduciendo rupturas de equilibrio, por consecuencia de estímulos reforzados que el azar localiza.

El deseo constituye un afán de vuelta a la paz habitual. Satisfecho el deseo, recobrada la calma. Nada serena, apacigua y estabiliza el sistema nervioso como el acto sexual, si el deseo surgió espontáneamente, sin espoleos forzados ni aperitivos intencionados. Abandonándose por entero al albedrío visceral. El deseo es consecuencia de las corrientes de energía afectiva transmitida por la herencia.

Energía de curso ciego, como los grandes ríos en sus crecidas inundadoras.

II. EL DESEO IGNORA LA MORAL. — Punto de vista sobre el cual toda insistencia resultará escasa. El Deseo desarróllase al margen de todo prejuicio moral. Al contrario de cuanto sostienen nuestros educadores.

Según ellos, se desea lo que se quiere. O lo que es igual, al Deseo precede o puede preceder

una deliberación en las personas de Etica ortodoxa.

Mecanismo de seductora sencillez. ¿Debo o no tener este Deseo? ¿Debo? ¡Pues lo tengo!

Pensando así, el camino preséntase desembarazado de todo obstáculo. Cabe escoger entre el Deseo moral y el inmoral. ¿Luego la habilidad del educador radica exclusivamente en adiestrar al discípulo en esta difícil gimnasia espiritual de no desear sino lo lícito? ¡No desearás la mujer de tu prójimo! Sin embargo, fácil es comprender que siendo los deseos efecto de instintos acuñados filogenéticamente, y la moral resultado de una modalidad transitoria del pensamiento humano, ajustar el instinto a la moral de la época no puede resultar obra única de la decisión, lisa y consciente.

III. La represión no aniquila al Deseo.—Según hemos visto en conferencias anteriores, todo deseo lleva en sí un remanente de energía. Rechazarlo no equivale a destruir ésta. Unicamente puede aspirarse a una transformación.

En la lucha contra el deseo no constituye, por tanto, remedio la oposición sistemática. Canalizarlo es lo único factible.

El Deseo rechazado automáticamente, sin analizar su origen y trayectoria, sin intento alguno

de despojarle de su fuerza inicial, no muere ni desiste de ascender a los planos de lo consciente. Una de sus tretas es disfrazarse, como ya sabemos, de sindrome psiconeurósico.

Por tales razones, nuestros educadores parahumanos, o sea colocados al margen de todo conocimiento psicológico, en vez de moralizadores como ellos se titulan, resultan pertinaces fabricantes de enfermedades nerviosas.

Cada deseo antes de ser rechazado debe estudiarse, buscando el medio de facilitar su curso sin riesgo de la moral ni del individuo.

Educar no fué nunca sinónimo de sacrificio del individuo a la moral, sino de armonizar los intereses de ambos. Existen numerosas posibilidades de lograrlo sin perjuicio para ninguno.

En lo que a la educación se refiere, tiene más importancia no ayudar a la aparición de un deseo que, ya aparecido, enfrentarse con él poniendo cara fosca y tratando de alejarlo sin oír su alegato biológico.

Si el deseo, una vez nacido, no puede ser aniquilado, y sólo cabe darle satisfacción o desviar su cauce, nadie encontrará injustificada la afirmación de que la Pedagogía ha de tener bases etiológicas, y no, cual ahora ocurre, sintomáticas.

Es más fácil y más al alcance de todos oponer-

se a los deseos sin inquietarse por su procedencia que emplear tiempo y tiempo en desentrañar la urdimbre del problema.

Pero esta mayor facilidad no basta a compensar las cálidas ventajas que acabo de exponer.

IV. EL DESARROLLO MENTAL ES CENTRÍFUGO.— Dicho de otro modo: tiene lugar como el de las ramas de los árboles, partiendo del tronco.

Las únicas maneras de influir sobre el desarrollo mental son: facilitar a la planta elementos nutritivos o restar obstáculos a su expansión.

Esperar que, merced a una acción periférica, se modifique el ambiente interior equivale a sembrar conflictos difíciles de resolver satisfactoriamente.

La vanidad de nuestros educadores sufre con estas ideas rudo golpe. De conductores conviértense en conducidos. Encauzadores más que creadores de personalidades. Y en que así ocurra no ha de verse nada extraño, ya que les está vedada toda iniciativa. Es su sino acuñar metal fundido en crisoles fuera de su fiscalización.

Como prueba de la intensidad con que esta dependencia se muestra, pondremos el ejemplo de una evolución que todo iniciado en el dogma de la Psicoanálisis, por levemente que lo esté, conoce:

a) El niño siente extraña y fuerte complacencia jugando con sus excrementos.

b) Segunda etapa: los excrementos han sido sustituídos por barro, lodo, arena. La afición continúa idéntica; pero proyectada sobre materias de procedencia no humana.

c) El adolescente siente fuerte atracción por el modelado y la escultura.

¿Cabe en estos casos atribuir a influencias educativas la afición y aptitudes profesionales? El educador no impone, ni siquiera sugiere. Su papel es de mera vigilancia. Impedir ingerencias perturbadoras.

Conocido lo que ha de entenderse por SUPER-YO, sabidas unas cuantas verdades fundamentales, sin cuyo concurso no sería posible comprender lo que aún resta por decir, en la presente conferencia, podríamos pasar adelante si este ejemplo de sublimación inconsciente de la afición infantil a jugar con los propios excrementos no nos tentase a abrir un inciso destinado al estudio del complexo anal, de su desarrollo y de la influencia que ejerce en la formación del carácter, punto de tanto mayor valor pedagógico cuanto que entre los dedicados a estas disciplinas en España apenas si es conocido. Por lo menos, si lo conocen no lo tienen en cuenta.

DEL COMPLEXO ANAL

Según Freud, ciertos rasgos del carácter del adulto dependen directamente de excitaciones sexuales, sentidas durante la infancia, en la región anal.

No negaremos que estas ideas chocan violentamente con el sentir común de las gentes, invitando a examinarlas desde puntos de vista grotescos, a lo aldeano de Teniers o Van Ostade.

Mas, pese a estas probabilidades, que fuera insensato negar, la tesis de Freud responde a una absoluta realidad.

Examinemos los hechos en que se apoya la doctrina del erotismo anal:

I. Durante los primeros años de la vida, la defecación constituye uno de los actos a que mayor atención e importancia concede el niño.

II. La función sexual y las funciones de excreción digestiva guardan íntima relación, en el hombre y en muchos animales.

III. La mucosa de los tramos inicial y terminal de las vías digestivas tiene, aun normalmente, tendencia a convertirse en zona erógena predominante. Es de justicia reconocer que esta cualidad muéstrase reforzada en el tramo inicial (boca).

IV. Muchos niños, buscando obtener sensaciones, para ellos placenteras, retardan voluntariamente el acto de la defecación. Es este hecho conocido perfectamente por la mayoría de las madres.

V. Este placer, de ordinario reprimido enérgicamente, desvíase en múltiples direcciones. A estas desviaciones se deben las modificaciones de carácter observadas por Freud.

Según Sadger, las personas que han sufrido en su infancia esta modalidad de erotismo anal presentan las siguientes particularidades:

a) *Tendencia a aplazarlo todo*. A dejarlo para última hora. ¡Mañana! ¡Luego! son expresiones favoritas.

b) *Una vez lanzados entréganse a la tarea con máximo ardor*. Ya no saben dejarlo. Como si fuéralos en ello la vida.

c) *No toleran ingerencias extrañas*.

d) *Son gentes de pensamiento lento*, pesados. Cuando toman la palabra no dejan intervenir a nadie. Puntuales, perseverantes, minuciosos, tardíos en la preparación. El tipo del oficinista que antes de comenzar a trabajar dilapida quince o

veinte minutos en colocar, alineados perfectamente sobre la mesa, lápices, plumas, cuadradillos, frasco de la goma, tijeras, etc., etc.

Según Jones, el acto de la defecación puede ser simbolizado de muy diversas maneras, susceptibles de clasificarse en tres grupos:

a) *Acción de orden moral*. El sujeto está obsesionado por un sentimiento riguroso del deber. Muéstrase intolerante con todo lo que no sea hacer siempre las cosas del mismo modo. Con idéntica escrupulosidad. Ve las cosas desde un punto de vista parcial y no hay modo de hacérselo abandonar. Todo intento de discusión es inútil.

b) *Misiones intrínsicamente desagradables* llevadas a cabo contra la voluntad: redacción de un diario con las impresiones cotidianas, arreglo periódico de un armario...

c) *Deberes basados en objetos, símbolos inconscientes de los productos de excreción*. Pertenecen a este grupo las amas de casa que aplazan días y días la limpieza de una habitación, hasta que de pronto pónense a la tarea febrilmente, no pensando ya sino en verla acabada.

Estos enfermos no hacen nada a medias. Vibra siempre en ellos el afán de una gran perfección.

Adherida a estos problemas muéstrase una cuestión interesantísima. El llamado mal carácter depende muchas veces de lo difícilmente que to-

leran tales enfermos las intromisiones. El hábito de hacer su voluntad, de ser dueños de sus mecanismos excretorios, llévalos a soportar mal intervenciones que pueden interpretarse como encaminadas a mermarlos el dominio de sí mismos.

Con estas nociones superficiales podríamos dar por terminado el inciso; pero vuestra tensa curiosidad invítame a exponer, como complemento, las características de los cuatro modos de reacción a que el complexo anal puede dar lugar según Jones, clasificación que representa, además, didáctica síntesis de cuanto sobre complexo anal llevamos dicho.

I. LA TENDENCIA A RETENER base del complexo en sus arranques infantiles tradúcese en una gran parsimonia susceptible de transformarse en auténtica avaricia. Son gentes mezquinas. Parcas siempre en dar, sonlo más si se trata de símbolos coprológicos: plata, libros, alimentos...

Como en la raíz del mal alienta el afán de no deshacerse de las excreciones corporales, retrasan cuanto pueden el cambio de la ropa interior y de cama. De este mismo tronco nacen las ramas de muchos coleccionismos: medallas, estampas, periódicos viejos. La extensión del mal llega hasta crear el tipo del amante lleno de ca-

riño y ternura, a condición de que la Deseada se someta a un dominio dictatorial.

II. AMOR AL ORDEN. Reviste en ocasiones carácter de verdadera neurose. Reacción contra la suciedad que el enfermo identifica con el desorden. Aspira con este proceder a rebelarse contra su complexo anal.

Son gentes enemigas del desorden. Dominadas por un afán indomable de tener cada cosa en su sitio. Sed de simetría.

Intelectualmente este amor al orden conviértese en amor a las definiciones y en cultivo de la pedantería.

III. INCLINACIÓN A LA EXTRAVAGANCIA. Algunos psicoanalistas incluyen a estos sujetos en el tipo anal-erótico, en oposición al primero, anal puro. No está aquí, sin embargo, la diferencia, sino en que en unos casos, siendo siempre idéntico el complexo, trátase de reacciones positivas, y en otros de reacciones negativas. Según el temperamento. Acaso fuera mejor decir según la constitución mental.

Este tercer grupo, inclinado a la generosidad, a la vagancia, presenta dos variedades:

a) *Tendencia a ensuciar* cuanto se encuentra al alcance de la mano. Amplificación centrífuga

y tenaz del hábito de hallar placer en la retención de los excrementos.

El afán con que los muchachos y aun los adolescentes pintarrajean las paredes recién revocadas, la manía de manchar las estatuas con tinta...

Este impulso a dejar su huella sobre substancias determinadas, sublimándose puede trocarse en afición decidida por la imprenta y el grabado, y también en la antipática afición a escribir nombres desde las paredes de urinarios y retretes a los viejos muros de los monumentos históricos.

b) *Tendencia a manejar substancias plásticas:* pasión por la cocina, por el modelado, por la fotografía.

IV. AMOR A LA LIMPIEZA, acompañado de odio intenso a la suciedad. Reacción lógica al ambiente de desaseo que envuelve y acompaña al complexo anal.

Muchas fobias de contagio en que el enfermo para abrir las puertas ha de ponerse guantes y rehusa dar las manos por miedo a adquirir enfermedades, proceden de esta solera.

* * *

Llevamos analizadas tres cuestiones interesantísimas: la formación del SUPER-YO, el concep-

to de que el deseo no es susceptible de aniquilamiento, y sí sólo de transformación y encauzamientos, y finalmente cómo muchos matices del provienen directamente del complexo anal.

Del estudio de dichos temas brota ya, como un surtidor, la conclusión de que cometen tremendo error los educadores obstinados en modelar personalidades al margen de todos estos jalones fundamentales. Pero para intensificar el convencimiento de ustedes acerca de que la Pedagogía representa uno de los campos de acción donde mayores y más útiles rendimientos puede proporcionar la Psicoanálisis, vamos a pasar revista a unas cuantas nociones cuajadas de interés práctico y originarias de las más diáfanas fuentes del froidismo ortodoxo.

CENSURA EXCESIVA

Abundan los educadores entusiastas de toda labor encaminada a robustecer la censura. Los riesgos de tal conducta son infinitos. Así como la censura débil convierte al hombre en grosero, bas-

to e infradiafragmático, la censura excesiva condúcele a la psiconeurose.

Gran parte de las psiconeuroses obedecen a la acción de una censura desproporcionada. Los educadores y confesores inflexibles, rígidos, severos, unilaterales, son en realidad los más directamente responsables de buena parte de las psiconeuroses de la adolescencia.

Reprimir y rechazar los deseos ya vimos que no es sinónimo de aniquilarlos. El arte de la educación reside en parlamentar con ellos.

LOS CRIMENES DE LA MENTIRA

La casi totalidad de los padres, y aun pudiera decirse sin faltar a la verdad que la mayoría de los educadores, tienen por norma contestar deslealmente cuando el niño pregunta sobre temas relacionados con la vida sexual. Esta conducta tiene significado de delito.

De los tres a los cinco años aparece en el niño la curiosidad, el afán de saber. Entrégase a una verdadera investigación.

Freud ha probado que primeramente interésale no la diversidad de sexos, sino de dónde proceden los niños. Las diferencias sexuales ni las concibe ni las admite. Niños y niñas poseen para él iguales caracteres.

Las hipótesis que el niño idea para explicarse el nacimiento son muy heterogéneas: los niños salen por el ombligo, por el intestino, del pecho, cortando un trozo del cuerpo de la mujer, etc.

De estas ideas pueden derivar graves apartamientos de lo normal; por ello, cuanto represente ayuda a tales desviaciones, es, ¡volvemos a repetirlo!, un delito.

Si al niño no se procura calmarle la trepidante curiosidad, facilitándole nociones que le sirvan de asidero lógico, natural, no por ello renunciará a enterarse. A falta de datos reales, inventa. Tales invenciones jamás son inofensivas. Dejan huellas susceptibles de servir de núcleo a padecimientos psiconeurósicos, tan variados como complejos.

En este sentido muestra especial valor el concepto sadista que del acto sexual suelen formarse los niños. Para ellos constituye una crueldad, una tortura. De esta idea proceden muchos sadismos, como pueden derivar muchas actitudes masoquistas.

Eludir el problema de que el niño se entere no

es sino fomentar que por sí mismo forje suposiciones peligrosas. En el olvido de estos preceptos descansa el secreto de muchas vidas amargadas.

EL INFIERNO DE LAS ZONAS EROGENAS

Ponen tan poco cuidado, cuantos entre niños andan, en el riesgo de crear zonas erógenas anormales o desarrollar excesivamente las fisiológicas, que este aspecto de nuestra conferencia es uno de los de mayor trascendencia práctica, entre cuantos llevamos expuestos. Recordarán ustedes que por zona erógena entiéndese una región anatómica cuyo estímulo crea excitaciones de índole sexual. Entre las zonas erógenas de todos conocidas figuran la boca, la mano, el pezón femenino, etc.

De cómo la despreocupación o el olvido de estas nociones puede ser causa de una vida triste, ningún ejemplo comparable al de Roussean.

De niño era tan revoltoso como bondadosa su madre. Bondad que hacíala rehuir castigar por sí misma las travesuras del rapaz, confiando tales

misiones a una joven y linda amiga suya, madamoiselle Lambercier. Pronto hubo que desistir de la cómoda delegación. Los azotes no parecía recibirlos con gran disgusto Juan Jacobo. Por el contrario, complacíase en sentir sobre sus nalgas la mano fina y bella de la amiga de su madre.

Pero el error fué conocido demasiado tarde, y toda la vida de Rousseau resulta ensombrecida por una perversión sexual de fondo masoquista: la de encontrar desfallecedora sensación de placer en ser azotado o dado de puntapiés por sus queridas. Las manos de Mlle. Lambercier habían concedido condición de zona erógena predominante a las nalgas de uno de los más grandes cerebros de que la Filosofía francesa se ufana.

Besar reiteradamente los labios del niño, ciertas insistencias en la limpieza de determinadas regiones, los azotes entre caricia y castigo y tantas otras torpezas de la ternura deben evitarse con escrupulosa diligencia.

El ejemplo de Juan Jacobo no debe irse nunca de la memoria de los padres.

EL RESPETO AL COMPLEXO DE EDIPO

No es fácil que ustedes hayan olvidado esta curiosa etapa de la evolución sexual infantil. Por si mi optimismo fuese infundado, vayan unas breves palabras de recordatorio.

Cuando el niño se decide a trasladar el objeto sexual fuera de sí; cuando su cuerpo dispónese a perder esta condición; cuando el auto-erotismo abandona su calidad de base sexual, verifícase un acercamiento del niño hacia la madre o mujer que le cuida, y de la niña hacia el padre u hombre que de ordinario encuentra junto a sí.

Es el comienzo de la diferenciación sexual. El momento donde se inicia la atracción hacia el sexo opuesto. Instante decisivo.

¿Verdad que lo recordabais?

Este complexo puede perturbarse por hipertrofia, convirtiéndose en amor francamente sexual hacia el padre por parte de la niña, hacia la madre por la del niño.

Puede desviarse para formar los cimientos de

inclinaciones homosexuales irrefrenable. Puede ser reprimido tan violenta, tan brutalmente, que sin trocarse en afición homosexual conduzca a repugnar el sexo opuesto, suscitando frigidez en la mujer e impotencia en el hombre.

El complexo de Edipo descarriado conviértese en vivero de infelicidad: odios implacables, inadaptación social, alejamiento de la dicha, imposibilidad de triunfar en la vida...

Representa, por tanto, una línea de conducta firme y obsesionante para todo educador sensato cuidar de que el complexo de Edipo ni se robustezca en demasía, ni se empobrezca, ni invierta sus finalidades. Ahora, conocido ya el problema, cada uno de vosotros, dentro del radio de su experiencia, recuerde si los educadores que conoce: padres y maestros, sacerdotes y médicos, parecen haberse dado cuenta de este gran problema de la verdadera educación.

LOS DAÑOS DEL INTERNADO

Está en boga tener a los niños internos. Otro delito entre los innúmeros de lesa infancia que cometen los padres.

Cuanto más pequeño el niño, más grave la falta. Tener a los hijos en un colegio y desentenderse de ellos será cómodo; pero en bastantes casos el delito adquiere categoría de crimen.

Conocéis el valor del SUPER-YO; sabéis que en la adolescencia tiene lugar la fijación definitiva de las tendencias sexuales; no os ha de ser difícil percibir cómo que el niño, tenga o no junto a sí a sus padres, en esos años decisivos, reviste la más alta importancia.

Tampoco puede hallar obstáculo vuestra comprensión para apropiarse la verdad de que no puede tener lugar de igual modo la diferenciación en quien frecuenta el trato de personas de los dos sexos y en quien sólo con pertenecientes al propio se relaciona.

Permitir que durante la época de la diferencia-

ción clave las influencias sean unisexuales es dañino error.

Por ello, una de las más beneficiosas campañas que pudieran emprenderse en nuestro país sería la de combatir la afición al internado. En los casos de delincuencia, la colocación en familia muéstrase constantemente superior al Reformatorio. En los normales, el hogar tiene todas las ventajas sobre el internado.

* * *

Hemos llegado al final sin agotar el tema. Cierto que nunca tuvimos tal propósito. Las relaciones entre la Pedagogía y la Psicoanálisis son demasiado numerosas para reducirlas al marco de una conferencia como la que ahora termina.

Pero si no un recuento de las influencias de la doctrina froidiana sí creo haber realizado un desfile de perspectiva suficiente a la comprensión de esta verdad augusta:

«No es posible afrontar seriamente la educación de un niño careciendo de cultura psicoanalítica.»

Muchos de los llamados vicios no son sino errores de educación fáciles de cortar. Muchas rebeldías infantiles obedecen, más que a defectos del

niño, a desmaña del educador. Ignorar el origen froidiano de numerosas anomalías del carácter equivale a renunciar a modificarlas en sentido favorable.

Este valioso puñado de nociones de raigambre psicoanalítica no admite discusión. Sobre las palabras están los hechos y éstos os han sido expuestos con suficiente abundancia para que aun los más enconados enemigos de Freud y su doctrina véanse imposibilitados para negar que quien no sepa psicoanálisis no acertará jamás con el camino del alma infantil.

LA PSICOLOGIA EN EL ARTE

El tema que correspóndenos hoy desarrollar no es difícil de entender, ni requiere grandes cuidados en la exposición. No obstante, tiene en contra su menor interés colectivo.

Sin la más pequeña concomitancia con las cuestiones artísticas, viven, comen, trabajan y gozan millones de compatriotas. Corro, por tanto, el riesgo de que las cuestiones a tratar os interesen menos apasionadamente que las analizadas en días anteriores.

Sin embargo, las relaciones del arte con la Psicoanálisis son tan pródigas en perspectivas, que encierran en sí la posibilidad de haceros cambiar de opinión, en cuestiones que creisteis tener resueltas definitivamente.

Los poco aficionados al Arte habrán de perdonarme, reconociendo, leales, que en el presente ciclo de conferencias no podía faltar una con-

sagrada a la belleza, y más que a ella a los modos de interpretarla.

Tanto más cuanto que en la producción de las obras de arte interviene, de modo predominante, lo inconsciente, según todos saben.

Pero como el programa trazado peca de amplio y frondoso, para poder desarrollarlo sin desmanes de extensión, conviene que. al igual de lo hecho con la Pedagogía, vayamos colocando jalones que nos permitan desarrollar el plan preconcebido sin grandes rodeos ni riesgo de extravío.

LA SUPERIORIDAD HUMANA

Una falta de cultura, casi enciclopédica y una adulación sostenida e interesada, condujo al absurdo momento actual, en que una inmensa mayoría de los hombres considera su especie como cumbre imperecedera del mundo animal.

Para el orgullo de estas gentes nada significan los descubrimientos geológicos, ni nada tampoco la observación psicológica.

Sordos y ciegos, ebrios de vanidad biológica,

megalomaníacos, llegan a creerse seres de excepción ante los cuales las leyes fundamentales de la Naturaleza claudican, testimoniando que el mundo fué únicamente creado para regodeo y exaltación de los hijos de Adán. Estos ególatras rehuyen los razonamientos encaminados a probarles cómo la pretendida superioridad humana no es sino hegemonía parcial y pasajera. Como la de los reptiles y la de los insectos en épocas geológicas anteriores.

Inútil todo argumento. Inútil probarles que a medida que la observación de la vida animal se hace más intensa y minuciosa derrúmbanse argumentos tenidos por invulnerables.

Ejemplo: Sostúvose, durante muchos años, que la diferencia esencial entre el hombre y los animales radicaba en ignorar éstos el manejo de instrumentos. La experiencia ha probado que trátase de una tesis sin fundamento. Algunas razas de hormigas y otros varios insectos conocen el uso de la palanca. Ciertas clases de hormigas africanas pelean entre sí, adoptando una formación de cuatro en fondo, hecho bien singular y de difícil explicación.

Hay un tipo de hormigas, que cuenta con rebaño de pulgones, encargados del mismo simpático papel que el ganado bovino desempeña junto al hombre.

La pretendida supremacía es únicamente parcial. Ni el ojo ni el oído del hombre pueden compararse, en cuanto a perfección y finura, a los sentidos auditivo y visual de las aves, ni su olfato al del perro.

Si la vanidad encrespada a que nos referimos no lo impidiera, el hombre percibiría de modo perfectamente diáfano cómo esta condición de hegemonía temporal exteriorízase en numerosos y elocuentes detalles. Conocería, además, que la hora de su decadencia biológica avanza, por idénticos senderos a aquellos por los cuales siguieran su destino los insectos.

LEY DE REMY DE GOURMONT

Según Remy de Gourmont, existe una ley reguladora de la capacidad intelectual. El caudal de ideas no es susceptible de aumento indefinido. Cada ser humano no puede poseer sino un número determinado de ideas. El saber ocupa lugar. Lo que diferencia a un hombre de otro en

cuanto a valía intelectual, no es el número de ideas, sino su calidad. En lo referente al número, la mayoría estamos colocados en idéntico plano.

Es un caudal que va reduciéndose a compás de los avances de la civilización. El hombre moderno es dueño de menor cantidad de ideas que el antiguo.

De aquí deriva la necesidad de especializarse. De aquí y del propósito de conceder, a los mediocres, mayores facilidades para el triunfo que en tiempos pasados.

Si se compara la riqueza de ideas y conocimientos de Leonardo de Vinci, con la de un sabio alemán especializado, de los tiempos presentes, no cabe dudar que la ventaja inclínase de parte del pintor de la Gioconda, conocedor de la Alquimia, de la Magia, de las Matemáticas, de la Astronomía, de la Pintura, de la Escultura, de la Arquitectura, de la Ingeniería militar, de la Música, de la Botánica, del arte de la guerra, etc., etc. Fué el primer hombre que intentó volar.

Esta reducción progresiva de la capacidad mental tradúcese en predominio creciente del automatismo sobre la deliberación. Exactamente igual que ocurrió con los insectos.

En éstos, como todos saben, la vida encuéntrase regulada por mecanismos automáticos, siquie-

ra resulten capaces de prodigios tan admirables como el de la construcción de colmenas.

En el hombre también lo automático va ocupando primeros planos con relación a los mecanismos de deliberación.

La misma especialización representa, en última instancia, deliberada sumisión al automatismo. El obrero que no fabrica sino tornillos de tipo determinado, el médico que sólo visita enfermos afectos de lesiones de un órgano.

El anquilosamiento, la reducción del campo mental, constituyen consecuencias inevitables de este afán inmoderado de especialización. Afán imposibilitador del progreso, aun cuando otra cosa sostengan los no acostumbrados a mirar serena y fijamente este grave problema.

CARENCIA DE UN TIPO MEDIO DE SENSIBILIDAD

Esta reducción de la masa total de ideas y la ávida especialización sistemática consecutiva, han producido dos efectos: menor interés por las cuestiones artísticas y división de los hombres en

castas intelectuales. Ambos, aisladamente y de consuno, hacen imposible la formación de tipos medios de sensibilidad estética. Existen tantos modos de sensibilidad como castas intelectuales. No es, ni puede ser, igual el gusto por la belleza ni el concepto de ella en un médico; en un ingeniero, en un abogado y en un botánico.

Pero como el artista al uso obstínase en proceder como si contase con una masa de lectores con cultura uniforme, hase llegado a una indiferencia por las cosas de arte verdaderamente dolorosa.

Sin arte es difícil vivir. Aun no siendo el arte sino un conjunto de itinerarios por donde poder llegar a la belleza, y el artista un guía, un hombre encargado de llamar la atención sobre aspectos que, sin su intervención, pasarían de ordinario desapercibidos.

El arte tiene por fondo un valor sexual. La sensación estética guarda íntimas relaciones con las sensaciones sexuales, según reconocen cuantos estudiaron esta cuestión.

Conocida la raigambre sexual de las manifestaciones artísticas, y sabido cómo a medida que se intensifica la especialización surgen estéticas especializadas, originando la desaparición de aquella cultura media uniforme que en el siglo pasado sostenía una sensibilidad monofacética,

base de la existencia de un arte general no necesitado de inquietarse por su destino, sino sólo de la técnica, tenemos en nuestro poder los datos fundamentales del problema.

Cada profesión posee su belleza y su modo de entenderla. No es posible que los médicos cultiven y persigan iguales panoramas estéticos que los ofrecidos por el sentido subjetivo de la carrera de defender delincuentes o de la de levantar edificios.

En estos telares es donde téjese la trama del auge que, en cuanto con el arte se relaciona, va tomando la Psicoanálisis. Los aspectos de mayor relieve desde tal punto de vista son:

a) La Psicoanálisis permite determinar, en proporción considerable, las idiosincrasias estéticas de las distintas profesiones.

b) La Psicoanálisis ayuda a la crítica, facilitando la razón de algunas polarizaciones artísticas.

c) La Psicoanálisis lleva a comprender el alma del autor.

d) La Psicoanálisis facilita temas imprevistos susceptibles de refrescar la actual literatura, nutrida aún de viejos motivos, ya sin interés.

Repasaremos brevemente cada una de estas cuestiones, para terminar por el examen de unos cuantos casos, fuertemente adoctrinadores.

a) *Psicoanálisis e idiosincrasias profesionales.*

Indiscutiblemente, el inconsciente de todos los seres humanos posee gran parecido. La experiencia filogenética y los instintos conservan una hermandad de origen imposible de borrar. Los deseos surgen en todos los humanos con ímpetu semejante. Las fuentes son idénticas. Los caracteres de la especie y de la raza no son susceptibles de grandes variaciones.

Donde comienzan las diferencias es en el modo de oponerse al deseo o en facilitar su paso. O lo que es igual, en la formación del mecanismo encargado de reprimirlos—llamado en estas conferencias censura—y en la formación del SUPER-YO.

Los hombres todos, desde el labrador a las princesas; desde la tanguista de cabaret al sabio, cartujo de laboratorio, sienten en sus entrañas la tormenta de zarpazos producida por idénticos instintos. Lo variable es la actitud frente a ellos.

Como en el Arte la atracción no va ligada al conocimiento del Deseo, sino a la lucha con él, constituye consecuencia clara y llana la necesidad de que el artista conozca las modalidades de represión, que por ser obra de la cultura, del medio y de la experiencia de cada día encarnan la emoción y el interés.

Si no fuera por miedo a sentar plaza de erudito a la violeta, os citaría el ejemplo de una novela extranjera reciente y en boga, que atribuye a un médico modos espirituales de comportamiento totalmente incompatibles con la polarización sentimental de quien estudió anatomía y posee noción precisa de las funciones viscerales.

La Psicoanálisis puede ser para el literato instrumento valiosísimo de trabajo capaz, si es discretamente manejado, de proporcionar informes sobre las diversas maneras que de sentir y pensar tienen los diversos grupos profesionales en que hállase dividida, en estos tiempos, la humanidad civilizada.

La Psicoanálisis bien manejada puede hacer el milagro de que brote de nuevo el interés en los eriales literarios.

b) *Crítica y Psicoanálisis.*

Existen dos tipos principales de crítica. Crítica atenta sólo a los defectos y méritos de la obra como producto técnico, y crítica buscadora del por qué del fenómeno estético y de las causas que llevaron al espíritu del autor a escoger aquella dirección.

La primera modalidad no necesita grandemente de cultura amplia ni de amplios asesoramien-

tos psicoanalíticos. Limitada a aplicar un canon, hay en su ejercicio tanto de automática, que pocas tareas pueden compararse en simplicidad de mecanismo a esta de fallar si un libro, un cuadro o una escultura son buenos o malos, ya que basta con determinar si se ajustan o no al concepto que de lo bueno y lo malo tenga el crítico.

Cosa distinta es asomarse al papel impreso, al lienzo pintado o al yeso modelado, con propósitos de estudiar por qué el autor adoptó aquel itinerario para ir en busca de la belleza.

Ejemplo: Seguramente todos ustedes sienten idéntico respeto, igual fervor, análoga admiración que yo por el teatro de Benavente, cumbre del arte escénico español actual y por la magnífica serie de novelas debidas a la pluma de Pío Baroja.

La crítica de ambos autores desde el primer punto de vista citado es fácil. Si quiere hacer verdadera justicia, únicamente elogios puede tributar. Decididos, sin embargo, a poner reparos, cabría encontrar motivo para ellos, como en los autores todos, desde Homero a Shakespeare.

De estos defectos, hallados trabajosamente, uno de los más al alcance de las manos es este: Benavente apenas acierta—tiene excepciones como el *Rojo* de *La Malquerida*—a describir almas masculinas. Baroja muestra mucha más habili-

dad, seguridad y vigor cuando traza siluetas varoniles que describiendo figuras de mujer.

En uno y otro nótase la ausencia del equilibrio con que en toda obra de arte deben mostrarse los elementos sexuales fundamentales.

¿No tendría más éxito el crítico obstinado en profundizar el por qué de este hecho que el limitado voluntariamente a consignar, como características de Benavente y Baroja, atender con excesiva preferencia a la proyección estética de un solo sexo?

c) *La Psicoanálisis y el interés por el autor.*

Esta actitud de la crítica española forma recio contraste con las aficiones del público. Preguntad a cualquier librero o editor, y os enteraréis de cómo aumenta rápidamente el gusto por los libros biográficos y anecdóticos.

Igual impresión se recibe leyendo las revistas que más circulan. En todos los países el fenómeno es idéntico.

Inspira en los tiempos actuales más curiosidad el hombre que la obra, hecho huérfano de toda aureola de suceso extraordinario. Hoy la vida supera en interés, en vibración, a cuanto pueda crear la imaginación literaria. Actualmente, cualquier hombre de lucha lleva una existencia más

novelesca que la mayoría de los héroes de novela.

Y como para conocer bien a un hombre resulta indispensable asomarse a su intimidad sexual, la Psicoanálisis no tiene rival en calidad de instrumento de la crítica.

Este afán por conocer lo subjetivo de la psicología de un escritor, de un músico, de un escultor, si no halla siempre la soñada satisfacción es por oponerse a ello la ignorancia psicoanalítica.

¿Podrá pensar nadie conocer el alma de Vinci sin estudiar el tuétano de su pasión por la Gioconda y de su amargura sabiéndose no correspondido?

Las inquietudes entre las que hemos de caminar en estos tiempos de crisis social, filosófica y religiosa, sólo pueden resultar comprensibles enfrontándose serenamente con el problema sexual.

Abundan entre nosotros, y es un buen ejemplo, los escritores eróticos cuya sexualidad tiene poco de vigorosa. ¿Pensasteis ya en lo interesante que resultaría un estudio sobre la sexualidad de los novelistas pornográficos?

d) *La Psicoanálisis, vivero de temas.*

Constituyendo los métodos psicoanalíticos, novísimos y potentes recursos para la exploración

de recovecos del alma hasta ahora ignorados, necesariamente han de resultar viveros frondosos de temas originales, superiores estéticamente a los manidos y desgastados en circulación.

No cabe discutir que fuera del amor y sus aledaños sigue siendo difícil encontrar temas susceptibles de interesar a grandes masas de público.

La Psicoanálisis discretamente manejada, sin pedantería, tiene el valor de rico filón literario. Aun temas tan resobados como el del adulterio, adquieren aspecto de novedad. La frigidez femenina, efecto de un complexo de Edipo, la insatisfacción sexual, la intervención de complexos sádicos, una represión excesiva como base de amargas desilusiones, etc., integran otros tantos posibles derroteros de infidelidad, capaces de dar origen a bellas novelas y sugestivas comedias, sutiles y finamente inquietantes.

El amor, visto a través de los novelistas españoles, huele a alcanfor. Como las prendas de etiqueta, vestidas únicamente de higos a brevas.

El amor no es ni la rijosidad ni el orgullo, ni la embriaguez visceral; pero sí un sentimiento rico en abolengos, pródigo en horizontes. Lo monótonamente que verifícase la caída de las protagonistas de la mayoría de nuestras novelas en boga, representa serio reproche a la falta de inventiva de los autores y condena a tedio ilimitado para el lector.

De que todas estas afirmaciones no tienen nada de audaces, apasionadas, ni injustas, vais a convenceros inmediatamente.

Por lo menos yo así lo espero.

REPRESION Y ARTE

Ya visteis, en días anteriores, cómo el caudal de energía contenido en cada deseo, al ser rechazado éste, se desvía, transforma o disfraza.

La energía sexual no es suceptible de un aniquilamiento estéril. Ha de consumirse.

De las formas más interesantes, desde el punto de vista médico, de tales sustituciones es una la aparición de sindromes psiconeurósicos. De las formas más interesantes desde el punto de vista artístico, de tales derivaciones representa una la obra de arte.

A los fines de servir este tema, tan pródigo en sugestiones, he escogido como ejemplo la vida

sugestiva y ricamente enjoyada de gloria, de tres hombres cumbres de la poesía, la literatura filosófica y la pintura.

MUSSET

Alfredo Musset representa uno de los casos más interesantes, entre cuantos registra la historia literaria, de transformación de la energía sexual en obra de arte. En poesía.

La labor más exquisita de Musset, sus versos más delicados, los momentos en que su inspiración muéstrase más potente, luminosa y esplendente corresponde a la época en que «Jorge Sand» le engañaba con el médico Pagello, humillando al hombre y despreciando al poeta.

La cosecha de deseos de que fuera semilla la personalidad erótica de «Jorge Sand» representa fuerza, no aniquilable, que en inconsciente sublimación truécase en ritmo de belleza.

Mientras la herida sangra, el poeta canta.

Luego, cuando dueño ya de sí, pasa de los brazos de Mad Jaubert a los de la Princesa Belgio-

joso, y de éstos a los de Aime d'Alton, la musa balbucea. El mérito de la obra desciende. El poeta ha terminado. Ya no tiene leña que arrojar a la hoguera, y ésta conviértese en rescoldo agonizante.

La inspiración de Musset no era sino la resultante de una Libido no satisfecha. Obligada a dar salida a su potencialidad, por vías no comunes. El caso de Musset no es único ni mucho menos. Abundan los idénticos al suyo en todas las literaturas. Musset masoquista convertía en versos la energía que naciera destinada a ser satisfacción sexual.

Si «Jorge Sand» hubiese sido menos veleidosa y menos infradiafragmática no traicionando al poeta ante el telón romántico de Venecia, desistiendo de sustituir los enfermizos mimos de Musset por las fuertes caricias de Pagello, recio y basto como un boxeador, la humanidad se habría visto privada de un puñado de composiciones líricas, de ternura no igualada en ningún tiempo ni país.

GOETHE O EL ENGREIMIENTO

Goethe fué uno de los más grandes cerebros que ha conocido la Humanidad. Pero tenía tan alto concepto de sí mismo y de su obra que constituye también uno de los casos de mayor engreimiento de que conservase recuerdo. Su vida constituye una línea recta. Esfuerzo tenaz de todos los minutos para aprisionar la gloria.

Hombre de tan excepcionales dotes y tan consciente de su elevación mental, forzosamente había de rebelarse contra la tiranía sexual. Así fué. Su orgullo era incapaz de someterse; pero como el instinto básico tampoco soporta fácilmente la indisciplina, el forcejeo fué continuo y en él llevó Goethe la peor parte. En este aspecto, nada tan interesante como los amores con Carlota y Federica, sacrificadas por miedo a que el influjo de sus encantos pudieran representar obstáculos a la obra del genio. Goethe, cuantas veces encuéntrase con el amor, otras tantas lo sacrifica. No hace, por lo demás, sino poner en juego vulgares mecanismos de represión. Pero, repetimos,

reprimir no equivale a destruir. El caudal sexual para abrirse paso se sublima convirtiéndose en obra literaria. El Werther representa, en este sentido, ejemplo clarísimo. La influencia que dicha novela ejerció y ejerce aún sobre los corazones más que al mérito literario intrínseco, con ser éste grande, ha de atribuirse a la carga afectiva que lleva en su seno. Al ansia sexual fervorosa que aroma sus páginas. Y de tal modo es cierto que el propio Goethe, cuando encontraba a algún amigo triste, preocupado, solía decirle: «Haz lo que yo con el Werther. Da a luz ese hijo que te atormenta y cesará de destrozarte las entrañas.» (Citado por González Serrano.)

Con todo su talento prodigioso, con toda su vanidad terca y olímpica, escribiendo el Werther, el Clavijo, etc., no hacía sino cumplir una ley elemental descubierta por la Psicoanálisis y que a cuantos me venís oyendo, pacientemente, os es ya familiar.

WATTEAU O LA IMAGINACION

Hemos examinado el caso de Musset traicionado por «Jorge Sand» y el de Goethe, sacrificando a Carlota y Federica. Ejemplos antípodas: el poeta francés sufre dolor de traición; el poeta alemán, amargura de sacrificar el amor a la ambición. No quedaría completo el adoctrinamiento si no citáramos un tercer ejemplo de artista ni humillado ni humillador; pero sí tímido, hasta el extremo de no poner en vías de realización sus más acariciados deseos eróticos.

Este artista es Watteau.

Nada tan sensual como sus cuadros. Sensualidad depurada, elegante, espiritual, ensoñadora; pero, en fin de cuentas, sensualidad.

Existe desacuerdo total entre la obra y el pintor, atormentado de constante mal humor, agrio. Matices peculiares de todo insatisfecho sexual.

Tímido, poco propicio a aventuras galantes, más dotado, en cambio, de una Libido despierta y pronta, sus cuadros poseen significado de sublimaciones inconscientes, como lo es siempre este mecanismo derivativo.

Watteau soportaba mal su pobreza sexual. Era sarcástico. El biógrafo Seailles lo describe como terrible misántropo. Tenía disgusto de sí mismo y de la humanidad entera.

Su gracia suave, su emoción delicada, su papel de escudero de bellezas románticas y aristocráticas, eran cualidades limitadas al pincel. El hombre tímido, huraño, irónico, de mal genio y mala lengua, descontento eterno, no parecía ser autor de ese exquisito «Embarque para Citérea», que acaricia como una mano enguantada. No pueden reunirse tres casos más diferentes en los orígenes del mal y más iguales en el remedio que Musset, Goethe y Watteau. Abandonado uno por su amante, sacrificador de sus amantes a un orgullo sin límites otro y alejado de la satisfacción erótica el último, en los tres la sexualidad insatisfecha conviértese, *sublimándose*, en obra de arte.

LEONARDO Y EL TIPO ANDROGINO

Con ser muy interesante el caso de Musset, Goethe y Watteau, no puede bastar a mis fines de transmitiros sensación clara de cuán dilatados horizontes abren a la comprensión honda y humana del arte las técnicas psicoanalíticas.

El caso Leonardo de Vinci, más complicado y rico en matices, representa en este sentido positivo progreso. Leonardo, ya lo dijimos días atrás, era un hombre admirablemente dotado. En lo físico y en lo intelectual. Su enorme cultura y su inquietud avaloraban el mérito de las cualidades congénitas.

Sobre todas ellas predomina un talento tan amplio, tan ágil y tan absorbente, que conviértelo en una de las figuras más merecedoras de pleitesía, dentro del Olimpo artístico. Pintaba con el cerebro más que con la retina y con las manos.

En los infinitos aspectos interesantes de su labor hay uno sobre el que quiero fijar vuestra atención: la creación del tipo andrógino.

Por poca costumbre que tengáis de ver obras o reproducciones de obras de Leonardo de Vinci, habréis de recordar cómo muchos de sus personajes no tienen cara de hombre ni de mujer, presentando, fundidos, rasgos de uno y otro sexo, con lo que vienen a producir curiosa sensación de androginismo, de indiferencia sexual, parecida a la peculiar de los niños.

¿Quién no ha cometido alguna vez el error de confundir el sexo de un niño?

¿Qué razones pudieron llevar al pintor de la Gioconda a crear su bello tipo pictórico ni hombre ni mujer?

Los biógrafos actuales hablan de afanes de depuración estética. Si Leonardo tenía por norte la máxima de que el artista no debe pintar sino asuntos nobles y poéticos, si sus escrúpulos hacíanle idear especiales modos de preparación de los materiales, nada tiene de extraño que pensando amputar a sus personajes la prosa sexual, invéntase tipos en cuya cara no alzan bandera las características básicas del instinto.

Raro, no obstante, que en ninguno de sus escritos haga Leonardo alusión a este propósito. Y cuéntese que sobre estética escribió y habló largamente.

¿No se tratará de una tendencia inconsciente procedente de la solera sexual?

LEONARDO Y EL TIPO ANDROGINO

Con ser muy interesante el caso de Musset, Goethe y Watteau, no puede bastar a mis fines de transmitiros sensación clara de cuán dilatados horizontes abren a la comprensión honda y humana del arte las técnicas psicoanalíticas.

El caso Leonardo de Vinci, más complicado y rico en matices, representa en este sentido positivo progreso. Leonardo, ya lo dijimos días atrás, era un hombre admirablemente dotado. En lo físico y en lo intelectual. Su enorme cultura y su inquietud avaloraban el mérito de las cualidades congénitas.

Sobre todas ellas predomina un talento tan amplio, tan ágil y tan absorbente, que conviértelo en una de las figuras más merecedoras de pleitesía, dentro del Olimpo artístico. Pintaba con el cerebro más que con la retina y con las manos.

En los infinitos aspectos interesantes de su labor hay uno sobre el que quiero fijar vuestra atención: la creación del tipo andrógino.

Por poca costumbre que tengáis de ver obras o reproducciones de obras de Leonardo de Vinci, habréis de recordar cómo muchos de sus personajes no tienen cara de hombre ni de mujer, presentando, fundidos, rasgos de uno y otro sexo, con lo que vienen a producir curiosa sensación de androginismo, de indiferencia sexual, parecida a la peculiar de los niños.

¿Quién no ha cometido alguna vez el error de confundir el sexo de un niño?

¿Qué razones pudieron llevar al pintor de la Gioconda a crear su bello tipo pictórico ni hombre ni mujer?

Los biógrafos actuales hablan de afanes de depuración estética. Si Leonardo tenía por norte la máxima de que el artista no debe pintar sino asuntos nobles y poéticos, si sus escrúpulos hacíanle idear especiales modos de preparación de los materiales, nada tiene de extraño que pensando amputar a sus personajes la prosa sexual, invéntase tipos en cuya cara no alzan bandera las características básicas del instinto.

Raro, no obstante, que en ninguno de sus escritos haga Leonardo alusión a este propósito. Y cuéntese que sobre estética escribió y habló largamente.

¿No se tratará de una tendencia inconsciente procedente de la solera sexual?

Leonardo no fué feliz. Impedíaselo el desacuerdo existente entre él y su tiempo. Y menos dichoso que en nada en amor. Acaso, por exceso de buenas cualidades. La mujer no suele amar a los grandes artistas. El caso de Goethe es excepcional y justificado, quizá, por su desdén. Demasiado obscuro para ser expuesta aquí la interpretación psicoanalítica total de la personalidad de Leonardo de Vinci y de su obra, he de limitarme a explicar el tipo andrógino por él creado, como consecuencia de un propósito de liberación de la tortura sexual.

Desposeyendo de sexo a los personajes, realiza el deseo de no ser esclavizado por el amor, sentimiento que tantos dolores causara al gran pintor desdeñado por la vulgar burguesita, inmortalizada en el famoso lienzo de La Gioconda.

MIGUEL ANGEL Y LA HOMOSEXUALIDAD

Contemporáneo y rival de Leonardo fué Miguel Angel, el escultor de las grandes masas, los trazos hondos y las musculaturas atléticas.

El autor de Moisés deformaba la realidad violentándola en obsesionante exaltación de la fuerza y el músculo. Hasta las figuras femeninas salían de sus manos virilizadas. Convertidas en rudas y audaces, líneas nativamente dulces y tímidas.

En este fervor apasionado e irreverente por la masculinidad flotan, psicoanalíticamente, tendencias homosexuales. Hanse realizado numerosas investigaciones para comprobar la exactitud de la opinión. Se logró descubrir la existencia de poesías *excesivamente cálidas* (frase de Morselli), dirigidas por Miguel Angel a un amigo suyo, joven y lindo. Y los campos dividiéronse. Biógrafos hay que en la exaltación de la masculinidad, carácter básico del arte del Miguel Angel, no ven sino una ambición de masculinidad en la mujer. Fase inicial de tendencias homosexuales. Para otros, la tendencia no está reducida a la condición de esbozo. Es plena realidad. La divergencia constituye sólo cuestión de grado. Desde cualquiera de ambos puntos de vista, idéntica ejemplaridad. El culto al músculo, al varonilismo, a la fuerza macho, propio de Miguel Angel, del que tantas explicaciones alambicadas habíanse querido dar, queda perfectamente aclarado en sus orígenes.

Cambia así el concepto que de la estética de

Buonarroti se venía teniendo. Obtiénense deducciones de singular valor para cimentar una nueva Estética, mejor documentada y menos arbitraria. Más realidad y menos imaginación. La Psicoanálisis, transportando a la infancia los orígenes de la inspiración y de sus moldes, aporta elementos de juicio con que hasta ahora no contaba la crítica.

NAPOLEON Y EL AMOR
:-: A LAS VIEJAS :-:

Hemos examinado varios ejemplos de la importancia que el conocimiento de la Psicoanálisis adquiere en el Arte. Examinemos ahora uno er relación con la interpretación histórica: Napoleón. Durante la edad edulta, la huella más os tensible de haber sufrido en la infancia alteraciones del complexo de Edipo, encuéntrase constituída por la afición de las mujeres de edad. Cuanto más parecidas *físicamente* a la madre, más. Si no hubiera, como hay, numerosas razones psicoanalíticas para considerar al Emperador hombre de sexualidad morbosa, lo que va-

mos a exponer bastaría para afirmar en este juicio. La pasión del Cónsul fué Josefina, viuda y de más edad que él. Ni los años ni la coquetería de la criolla, ni su condición de viuda, fueron diques suficientes para aquella voluntad de hierro, sólo en este momento claudicante.

Y tal intensidad reviste su desfallecimiento volitivo, que escribe cartas de colegial, aromadas por frenesí sexual tan fuera de papel que hacen exclamar a Josefina:

—¡Qué gracioso es este Bonaparte!

De una del, entonces, amo del mundo:

«He recibido en el correo dos cartas para ti y las he leído. Aun cuando no me parece que esto tenga nada de particular y esté autorizado por ti para hacerlo, temo haberte enfadado e invádeme una gran tristeza. Pensé volver a cerrarlas; pero me pareció peor. Si te he ofendido, perdóname.

»Quisiera que me autorizadas para abrir toda tu correspondencia. He mandado llamar al postillón. Me ha dicho que pasó por tu casa y que le dijiste que no tenías nada que ordenarle. ¡Tirana, fea, cruel, monstruo bonito! ¡Si cupieras en mi corazón te encerraría en él!

»Dime que estás bien, con buena salud, pero triste.»

El complexo de Edipo esclavizó al gran guerre-

ro, haciéndole pueril, frenético y ardiente. ¿Cómo negar que los buzos de la Psicoanálisis pueden volver del revés el espíritu de la Historia?

NIETZSCHE Y WAGNER

Nietzsche y Wágner son las dos últimas figuras que correspóndenos citar. Hablar aquí del genio de ambos sería insultaros.

A nuestros fines interésanos exclusivamente la figura del autor de Zaratrusta, apologista de la fuerza espiritual, de la insensibilidad ante motivos que en el mediocre tienen el poder de convertir la vida en infierno o gloria.

Nietzsche, duro de alma, solo y erguido como una roca, impasible como un acantilado batido por las olas, flamenco de orgullo, segregando sin descanso desprecio, enemigo de las mujeres, presenta innúmeros matices invitadores a la Psicoanálisis.

A la invitación han respondido varios discípulos de Freud con minuciosos trabajos. De ellos re-

salta como conclusión definitiva ésta: Nietzsche era un autoerótico. Hombre obligado a satisfacer en sí mismos su Libido. Para lograrlo, aislándose construía mundos interiores. La hosca y trepidante filosofía del superhombre no es sino un pálido resplandor.

Esta dificultad para dar a la sexualidad canalización fisiológica explica el carácter homosexual de su afecto por Wágner y el dolor que el rompimiento de esta amistad le causó. En tal grado, que la vida de Nietzsche puede dividirse en dos épocas: antes y después de la ruptura con Wágner.

Todo ello acusa un complexo homosexual, reducido, por sublimación, a lazos afectivos que no sería justo calificar con otra palabra que la de amistad en el lenguaje vulgar de cada día, siquiera para los discípulos de Freud tenga el significado de trastorno en la evolución sexual.

* * *

No estimo pertinente como final de esta conferencia ni un resumen, ni un rosario de conclusiones, ni una mayor insistencia. Hubo suficientes ejemplos para que todos hayan podido conocer la gran verdad de que si el conocimiento de la Psicoanálisis conviene a los literatos en gene-

ral, en calidad de abastecedora de temas sustitutos de la actual penuria, a los críticos resúltales absolutamente indispensable. Sin su concurso no cabe realizar el estudio serio de ningún autor.

AUTOEDUCACION Y PSICOANALISIS

Aquellos de ustedes que posean espíritu crítico severo encontrarán injustificada la inclusión de este tema en el ciclo que hoy termina.

En efecto; a través de las anteriores conferencias han ido estableciéndose, de modo preciso, principios susceptibles de una aplicación individual. Parece ocioso volver sobre ellos.

Pero, aun siendo cierto, no lo es menos que de todos los oyentes bastantes de ellos resultarían todavía incapaces de traducir lo aprendido en fórmulas concretas de comportamiento. Pensar lo contrario equivaldría a tremolar un orgullo que soy incapaz de sentir.

Por otra parte, necesito de esta última conferencia. He de aprovecharla para recalcar algunos conceptos, que temo no haber expuesto con suficiente claridad.

A estas razones, puramente técnicas, hay que agregar motivos de gratitud. Unos cuantos de vosotros pidiéronme que no terminase sin explicar en qué consiste el tratamiento psicoanalítico y cuáles son sus métodos principales. Serán complacidos.

Me rogaron otros que dijese algo del narcisismo y del complexo de castración. He de servirles también.

Después de tales aclaraciones espero hayáis concedido a la última conferencia su legítima significación. Dar normas para un comportamiento sexual adecuado, pasar revista a los métodos psicoanalíticos como recurso terapéutico, exponer en qué consiste complexo de tan alto interés como el llamado de castración, y tratar del narcisismo constituye un programa al que costaría trabajo negar la categoría suficiente y justificar la conferencia que ahora comienza.

FINALIDAD DE LA VIDA

Cuestión importantísima y en la cual el conocimiento de la Psicoanálisis facilita normas que ningún hombre puede dar de lado. Lo inconsciente representa la zona más amplia y trascendente de nuestra vida. Contra lo que piensan los filisteos, el timón de la nave de nuestra existencia no se halla en manos de lo consciente.

Dentro de lo inconsciente, posee no igualada hegemonía el instinto sexual.

¿Cómo comprender si no que desarrollo tan grande de mecanismos y acúmulo tan enorme de energías pueda coexistir con el papel secundario que educadores miopes y moralistas teóricos pretenden asignar a la sexualidad?

Según ellos, el instinto sexual resulta fácil de domar. Un poco de fuerza de voluntad y un sentido, no muy exaltado, del deber, puestos a contribución bastan a tales efectos.

Los pecadores son hombres malos y mujeres malas, comidos unos y otros por la lujuria, pa-

sión vergonzosa a la que siempre que se ponga en ello empeño, puede vencerse.

Quien se lo proponga triunfará. Los asaltos de la tentación a realizar la función de la cual las demás aparecen como servidoras, son en todos los casos rechazables.

Frente a este concepto, optimista y vanidoso —casi siempre el optimismo es una forma de la vanidad—, la Psicoanálisis *demuestra* que la potencia arrolladora del instinto sexual reconoce por origen un carácter ancestral. Energía conservada, depurada y robustecida en las milenarias peregrinaciones de la especie. Toda su razón de existir.

El instinto sexual no tiene otra misión que perpetuar la especie. Es bien lógico y comprensivo que a medida que adelantaba en su evolución fuese fortaleciendo, enriqueciendo, afirmando, lo que representa su fuerza máxima.

Por eso el instinto sexual se ríe de la moral, de la filosofía y los sentimientos tan enardecidos y ciegos como el patriotismo. Aun en plena guerra.

Prisioneros e invasores olvidaron e hicieron olvidar su condición de tales, infinidad de veces durante la pasada conflagración europea y hasta las barreras representadas por el color de la piel cayeron ante el empuje de ese instinto, soberbio

y magnífico como un Dios, que entre los escombros de las ciudades y el tronar de los cañones y el hedor de los muertos, alzaba tiendas esmeralda y dejaba oir su inmortal sinfonía de besos y suspiros.

Quien pretenda ser amo de su alegría y no causarse daño físico y mental, tendrá que aceptar por condición básica la de servir al instinto lealmente, sabiendo que la base de todas sus acciones, aun de aquellas más aparentemente voluntarias, se funde y forja en lo inconsciente. Derivan de tal principio dos actitudes.

Humildad comprensiva: No es amo, sino servidor de la especie.

Conformidad: Entre acatar las grandes fuerzas de la Naturaleza y ser juguete del propio egoísmo no cabe elección. Amo por amo resulta el primero más grandioso y más cercano a Dios.

EL DESEO ES UN DESEQUILIBRIO

Al sentirnos asaltados por un deseo, en vez de huir, como aconsejaba Napoleón, lo sensato será enfrontarse con él.

Sin concederle personalidad. De aquí proceden numerosos errores educativos, hetero y autoeducativos. El deseo es sólo un efecto, un síntoma.

Quien se lance a combatirlo sin atender sino al afán en sí, comete idéntica falta que la medicina sintomática, aceptable únicamente cuando, a pesar de todos los esfuerzos, no resulta factible descubrir la causa.

¿Qué diríais de un médico obstinado en combatir la fiebre de un tuberculoso pulmonar dando de lado a la lesión torácica?

El deseo traduce la ruptura de un equilibrio. Satisfacerlo equivale a conseguir que el equilibrio se recupere, en muchos casos cosa perfectamente realizable.

El deseo es producido entre infinidad de cau-

sas, fuera de oportunidad en estos momentos, por el acúmulo de sustancias sexuales destinadas a la excreción. Su presencia rompe el equilibrio somático regional, como rómpelo la existencia de cantidad excesiva de orina en la vejiga.

Excretadas todas las materias sexuales como excretada la orina, el equilibrio se recupera. El deseo es un alerta. Avisa que el desnivelamiento tuvo lugar.

Hay que colocarse, por tanto, ante el deseo sexual en igual actitud que frente al hambre o sed. No hacerlo representa situarse voluntariamente en plano de inferioridad. Y lo que es más lamentable, introducir en el psiquismo fuertes motivos de perturbación.

La originada siempre que el hombre pretende modificar mecanismos forjados por la especie a través de su dilatada evolución.

No olvidar esta cuestión. constituye una máxima importante.

SUPERVIVENCIA DEL DESEO

Siempre que se luche con el deseo debe tenerse por intención no olvidar que se está ante un acúmulo de energía imposible de destruir. Lo mismo que ocurre con las fuerzas todas de la naturaleza. En ella nada se crea ni se destruye.

El combate debe ser conducido a base de hallar modo de transformar ese poder. Si no hemos de ceder a sus impulsos, único medio verdaderamente eficaz para restablecer el equilibrio cuya ruptura anuncia y proclama el deseo, no hay solución comparable a la expuesta.

Es esta una cuestión origen de bruscas divergencias entre lo aconsejado como autoeducación por los tratadistas corrientes y lo practicado por los psicoanalistas.

Por todo ello reviste la mayor trascendencia adoptar una norma precisa, desde el punto de vista. De entender el deseo como flaqueza de la carne pecadora, que si persiste en triunfar es por debilitación de la voluntad; pero que el hombre

fuerte puede domar siempre, a considerarlo producto de mecanismos viscerales fisiológicos, ligado a fuerzas inconscientes imposibles de destruir y sólo susceptibles de trocarse en otra modalidad objetiva, media tan enorme distacia que inevitablemente ha de engendrar modos opuestos de emprender su autoeducación. De entenderla y de perseguir su logro.

Mi experiencia psiquiátrica—veinticinco años de especializado—, oblígame a declarar que prácticamente no cabe comparación entre ambos derroteros.

Mientras los que se esfuerzan en domar al Deseo, viendo en él un enemigo, siempre susceptible de ser vencido, corren peligro de caer en la psiconeurose; los otros suelen salir desembarazadamente de las más peligrosas situaciones.

LA SUBLIMACION CONSCIENTE

Dijimos en momento oportuno que la *verdadera* sublimación es un proceso de urdimbre infantil, inconsciente siempre. Queremos solver sobre ello. Queremos y debemos.

De otro modo pudiera ocurrir que algún oyente, obsesionado por los ejemplos de Watteau, Goethe y Musset, entendiese que sublimar una tendencia sexual es cosa fácil. La más recomendable de las decisiones.

Nada menos exacto.

El verdadero tipo de la sublimación eficaz, la del niño que, aficionado de pequeñuelo a divertirse con su orina, juega luego obstinadamente con el agua y llega a ser, de adulto, célebre ingeniero especializado en construcción de diques y muelles; la del chiquillo a quien nada entretiene como manejar sus excrementos, y más tarde siente frenesí por realizar construcciones de barro y arena en la playa, para terminar por ser afamado escultor, es absolutamente inconsciente. No fuera sensato contar con ella.

Las otras formas de sublimación post-infancia son también inconscientes, como era la ternura con que Musset aromaba sus ritmos inmortales y la elegancia sensual con que Watteau embellecía sus lienzos.

Cuando se persiguen sublimaciones conscientes no suele lograrse nada, a menos de existir una fortuita coincidencia entre el afán regenerador y los mecanismos inconscientes.

Los educadores, tan indocumentados en estas cuestiones, aconsejan como solución última y

esencial la sublimación, como si ello fuera matemáticamente factible y estuviese a merced del sujeto.

Mi consejo es contrario al intento. Si ha de llegar, vendrá sin razonamientos ni presiones personales.

EL DESEO IMPERSONALIZADO

Más de diez años llevo predicando el evangelio del Deseo despersonalizado. No oí todavía una voz de aquiescencia. Por el contrario, contra aquellos de mis libros en que tales ideas se defienden, alzáronse iracundos, coléricos, sectarios, hombres con los cuales no cabía entenderse. Se me tildó de deshonesto y perturbador de conciencias. Se dijo que los médicos somos impíos, en pacto con el diablo, a quienes no debe escucharse. Se desconoció mi lealtad y buen propósito.

No ha de extrañaros que al verme obligado nuevamente a actuar como escudero de tal idea-

rio hágalo descorazonado. Temeroso de no convenceros.

La causa noble del amor sano, ni cuenta ni contará en nuestra patria, durante muchos años, con auditorios suficientemente roturados por una honda cultura biológica para recibir la semilla.

La verdad es esta:

Si el deseo constituye la versión espiritual de un desequilibrio somático, no cabe discutir que localizarlo, elevando el objeto sexual a la categoría de ídolo, equivale a enturbiar unas aguas nacidas cristalinas, arrasar campos destinados a que en ellos florezcan rosas de felicidad.

En un órgano determinado acumúlanse materias sexuales hasta romper el equilibrio orgánico. El modo único de volver a estabilizarlo es desalojar dichas materias; ¿qué ventaja puede tener obstinarse en no beber el agua redentora no siendo en ánfora determinada?

Lógicamente, el contenido debe interesar más que el continente.

Ofuscados algunos grupos de hombres pseudocivilizados, optaron por la actitud opuesta, dando nacimiento a la ficción del amor, intento de rebeldía frente al instinto.

A los que nos dolemos del error, acúsannos de inmorales cuando no somos sino víctimas adoloridas de las incomprensiones colectivas.

Si la Libido fuese considerada como uno de tantos apetitos, como el hambre, como la sed, como el sueño, la moral mejoraría inmediatamente. El afán absurdo de no concebir el aplacamiento del Deseo sino merced a un único objeto sexual, tiene a su cargo más crímenes y horrores que el resto de las equivocaciones de los hijos de Adán.

Durante mi permanencia en Africa estudié atentamente el problema, utilizando como material de observación los legionarios de mi clínica y los moros de mi amistad.

El resultado fué siempre el mismo. El hombre que impersonaliza el Deseo resulta más fuerte espiritualmente, más apto al heroísmo, más propicio a la abnegación, que el tipo común de los varones.

CRISIS DE LA VOLUNTAD

Asomándose a los escaparates de las librerías, hojeando catálogos y prospectos editoriales, oyendo discursos y leyendo artículos, resulta muy di-

fícil resistir a la idea, por lo demás totalmente desatinada, de que la voluntad es la clave de la existencia.

¡ Tenga usted voluntad !

¡ Se hace lo que se quiere !

¡ Querer es poder !

¡ Nada resiste a la voluntad !

Millares de obras circulan por el mercado, paladines de este optimismo enardecedor. ¡ Si usted se lo propone lo conseguirá !

¿ Qué hay de verdad en tal algazara, un poco verbenera ? ¿ En qué proporción merecen beligerancia tales arengas ?

En muy poca. Y perdónenme aquellos de entre ustedes que sean creyentes de ese credo fantástico, donde acúsase tanta abundancia de imaginación como escasez de pruebas.

La voluntad es únicamente un mecanismo. Sin posibilidad de sustitución ni de reforma. Queda sólo al arbitrio individual usarlo más o menos acertadamente.

Pero este uso tiene cualidades de apariencia.

Suele llamarse fuerza de voluntad a una resultante. Al producto objetivo del combate, del choque de las olas potentes, venidas de lo inconsciente, en cuyo seno gimen, ríen y alientan los instintos, contra diques artificiales alzados por la censura y el SUPER-YO. Siendo conducidos,

afectamos conducir. Como el personaje del cuento, gritamos : ¡ Si me sacas del pozo te perdono la vida !

Entender la fuerza de voluntad como un mecanismo, no pedirle sino aquello de que es capaz, tener presente, *permanentemente*, la frase sabia de Breuler : «Se hace lo que se quiere, porque se quiere lo que se hace», equivale a situarse en favorable posición siempre que de autoeducación se trate.

LA LEGITIMIDAD DEL DESEO

Ultimo punto de vista. Los deseos no deben abochornarnos. En su elaboración intervienen factores milenarios superiores a nuestra humilde personalidad biológica. Fundidos antes de que naciéramos. Su abolengo remóntase al hombre primitivo. Precisa tener un orgullo morboso para creer que motivos trascendentales, como los ocultos en el corazón de todo deseo, pueden estar a nuestro arbitrio.

Como no avergüenza la enfermedad tampoco ha de sonrojar el deseo.

La cuestión no es ésta. Si los modos de hallar soluciones eficaces, a base todas de una canalización eficaz de la energía contenida en el deseo. Nada de aspirar a utópicos aniquilamientos. No olvidemos que la mayoría de los conflictos acarreados por el deseo emanan de su personalización.

Graduación natural en todo conflicto con el deseo :

a) Procurar la satisfacción fisiológica.

b) Si ésta resulta imposible, tratar de despersonalizar el Deseo, atendiendo sólo a él. ¿Hay hambre? Comer. ¿Plato? El que se tenga a mano.

c) Si esta actitud tampoco resulta viable, intentar la transformación : *cauces intelectuales :* estudio, lectura, investigaciones, viajes ; *cauces físicos :* deportes, trabajo manual ; *cauces éticos :* propaganda política, acción social.

¿Que la mayoría de los deseos no requieren para ser encarrilados tan complicado artilugio? Cierto.

Lo es igualmente la existencia de algunos, tan vigorosamente injertados en nuestra personalidad que en ocasiones por ninguno de los medios

citados consíguese nada. Momento propicio para volver los ojos a las normas psicoanalíticas.

Síntesis : no avergonzarse ¡ JAMAS ! del Deseo.

TECNICAS

Antes de que surja, debo salir al paso de una muy probable objeción, ya que en cuanto voy a exponer a continuación no hay intención de adoctrinamiento práctico.

Quienes sigan escuchándome no aprenderán a hacer la Psicoanálisis—¡ ni Dios lo quiera !—. Tendrán que conformarse con saber, a vista de pájaro, de qué modo trabajan los discípulos de Freud.

Intencionadamente omitiré detalles decisivos buscando que mis palabras no fomenten ensayos ni tanteos. La Psicoanálisis constituye arte difícil y peligroso. Riesgos para el médico, riesgos para el enfermo. Sobre todo para aquél.

Bien está calmar la curiosidad. Aun cuando sólo sea como recompensa a la paciencia que

habéis derrochado durante estas seis tardes; pero eludiendo el riesgo de introduciros en camisas de once varas.

INTERROGATORIO

Si en Medicina general interrogar es muchas veces clave del diagnóstisco; en Psicoanálisis, interrogar bien o mal equivale a acertar o no con las vías del éxito.

No creo necesario encomiaros el tacto, la discreción, la habilidad con que es preciso proceder cuando se trata de arancar a un hombre o a una mujer—por paradójico que parezca, más a aquél—secretos que el mismo enfermo suele ignorar.

No cabe empezar con un plan preconcebido ni pensando aplicar reglas fijas de antemano. Cada paciente requiere método especial, a la medida, que es forzoso ¡siempre! improvisar. Claro es que pueden ayudar mucho los datos recogidos sobre el sujeto, su psicología y su vida; pero aun así es necesario repentizar, adaptarse

ofidiescamente a todas las sinuosidades espirituales del explorado.

Los obstáculos se multiplican ante la necesidad de no hacer directa, franca, claramente, las preguntas. Han de evitarse reacciones, además de intrínsecamente perjudiciales, contraproducentes.

El psicoanalista no ha de ignorar ninguna de las mañas sutiles de la vieja diplomacia. En estas pugnas con el secreto inconsciente sobre todos los otros factores álzase ingente la simpatía. Si entre médico y cliente no se teje pronta e intensa simpatía debe abandonarse la empresa, recomendando que se solicite los servicios de otro compañero.

Forma este proceder una costumbre tan arraigada en mí, que el primer interrogatorio destínolo, sistemáticamente, a tantear la posibilidad de que se establezca o no, esa indispensable compenetración.

INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS

La interpretación de los sueños constituye otro método psicoanalítico fundamental. Merced a él pueden conocerse, acaso como ninguno otro recurso, los complexos reprimidos, núcleo de perturbaciones psíquicas. Pero los complexos reprimidos al abandonar lo inconsciente en trance de burlar los mecanismos de represión, aprovechando la debilitación oscura de la censura, no proceden jamás lealmente, sino que se disfrazan. Adoptando forma simbólica.

Tan numerosos y complicados son estos símbolos, que justificaron infinidad de libros. Muchos con carácter de diccionarios.

Como muestra citaré varios ejemplos:

Los peldaños, las escaleras, subir y bajar por ellas, símbolos son del acto sexual.

La calvicie, o cortarse el pelo, extraerse un diente o caerse las muelas, representan el complexo de castración a que hemos de referirnos dentro de poco.

Los animales pequeños simbolizan hermanitos, cuyo nacimiento vino a perjudicar al primogénito.

La derecha y la izquierda poseen sentido ético. La derecha es lo justo, lo recto. La izquierda, lo prohibido, lo censurable; pecado o delito.

Con estos ejemplos ya podéis formar opinión acerca de lo laborioso que resulta interpretar acertadamente los sueños.

Llegar a conseguirlo impone uno de los más enrevesados aprendizajes, entre los varios que el verdadero psicoanalista ha de sufrir.

Esta complicación justifica las censuras de muchos antifroidianos, amigos de perezas y pasividades cómodas y tranquilas.

LAS PALABRAS ESTIMULO

Denomínase también método de las asociaciones fijas.

Su manejo es sencillo. Redúcese a pedir al enfermo que después de cada una de nuestras palabras, diga la que se le ocurra en aquel momen-

to—palabra o frase—. Conviene insistir en que el resultado de la prueba será tanto más útil cuanto más espontánea resulte la asociación de ideas.

El explorador anota el tiempo que tarda en surgir la contestación, los cambios fisonómicos, de voz, etc., y, finalmente, *con toda exactitud* la respuesta.

Recúrrese, en general, a la lista de cien palabras de Yung, que el profesor español Mira ha adaptado a nuestro idioma, del modo siguiente:

LISTA DE PALABRAS

Cielo.	Cabeza.	Agua.
Cantar.	Muerte.	Humo.
Amistad.	Frío.	Simpatía.
Cuenta.	Dinero.	Pueblo.
Desengaño.	Sospecha.	Religión.
Luz.	Carta.	Libertad.
Camisa.	Rosa.	Bandera.
Novio.	Sangre.	Viaje.
Pájaro.	Matrimonio.	Beso.
Caída.	Familia.	Locura.
Oración.	Esperanza.	Caja.
Venganza.	Secreto.	Pureza.
Ridículo.	Mordisco.	Intimidad.
Vejez.	Hijos.	Mes.
Hambre.	Médico.	Abuso.
Padre.	Vida.	Libro.
Arte.	Vientre.	Bebida.
Perro.	Sueño.	Desprecio.
Confesión.	Descubrimiento.	Desnudo.
Camino.	Amor.	Ideal.
Anillo.	Huída.	Ciencia.
Soledad.	Incomprensión.	Llave.
Número.	Noche.	Mentira.
Sorpresa.	Fingimiento.	Pecado.
Recuerdo.	Fe.	Castigo.
Cuerpo.	Crimen.	Voluntad.
Suerte.	Madre.	Dolor.
Justicia.	Pasión.	Pérdida.
Temor.	Esconder.	Fuego.
Deseo.	Belleza.	Mujer.
Jesucristo.	Envidia.	Curación.
Pecho.	Vicio.	Felicidad.
Disimulo.	Niño.	Hermanos.
	Perdón.	

Yo, en vez del empleo sistemático de esta u otra serie análoga, opto por confeccionar una especial para cada enfermo, ideada a la medida de la psicología del sujeto y a las direcciones en que pienso realizar la exploración. Las asociaciones de las respuestas revelan, el retraso o celeridad con que aparecen, su carácter lógico o absurdo, permitiendo obtener datos de positivo valor, como guía, para establecer jalones en la senda que ha de adentrarnos en el alma del enfermo.

El método de las asociaciones libres es, por tanto, de empleo relativamente fácil.

ASOCIACIONES LIBRES

Método decisivo. No se trata, como en las asociaciones fijas, de que el explorador conduzca, sino de que siga. No de que busque introducirse espíritu adentro, sino de hacer que éste salga.

Freud aconseja llevar a cabo la investigación en habitaciones silenciosas y con poca luz. El enfermo, tendido en un diván o reclinado cómoda, muellemente, en un sillón. Relajados los músculos. Pasiva la disposición intelectual. El médico ha de colocarse detrás y lejos de la mirada del sujeto explorado.

Situados de este modo, el paciente debe dejar vagar la imaginación, como en un estado de ensueño, diciendo, *en voz alta*, cuanto aquélla le sugiera, sin detenerse en nada, ni asustarse por la calidad erótica u obscena de las ideas, considerándose espectador del propio pensamiento.

El psicoanalista reduce su papel a ir anotando cuanto oyer, interviniendo sólo si percibe claramente que la asociación de ideas no conduce a nada útil, en el sentido de facilitar orientaciones aprovechables.

* * *

Aquí debía terminar la conferencia y, por tanto, el ciclo que de ellas me propuse dar; pero no me siento capaz de hacerlo sin satisfacer la legítima curiosidad de dos grupos de oyentes que rogáronme, días otrás, les hablase de lo que han de entender por «Narcisismo» y por «Complexo de la castración».

Mi desviación de la ruta convenida no es totalmente desinteresada. En primer término, influyen sentimientos de gratitud. Ansias de pagar la deuda contraída. Sin la inesperada acogida

que me dispensasteis, desde el primer día estas charlas hubieran parecido más audaces que sensatas. ¿Cómo no corresponder a la petición de quienes me libraron del fracaso?

El segundo elemento puesto en juego encuéntrase saturado de vanidad. El grupo de caballeros que preguntan por el valor del término Narcisismo y las tres señoritas a quienes interesa conocer lo que psicoanalíticamente quiere decir «Complexo de la castración» solicitan estimulados por el afán de saber.

Si la finalidad de estas conferencias radicaba en el propósito de despertar curiosidad, ¿cómo no sentirse halagado viéndola lograda?

No hablé hasta ahora, que de mí lo demandan, ni de «Narcisismo», ni de «Complexo de la castración», como no hablé de otras muchas cuestiones con la doctrina de Freud relacionadas, porque mi proyecto no era dar una impresión de conjunto de la Psicoanálisis, sino mostrar cuán amplios horizontes tiene esta nueva técnica psicológica, en varios de los más importantes aspectos de la vida humana.

Digan lo que quieran sus detractores teóricos.

NARCISISMO

El narcisismo es una derivación del autoerotismo. Tiene por base el enamoramiento de sí mismo. Cosa distinta de la masturbación, en la cual el enfermo evoca la imagen de otras personas a las que desea, y cuya posesión se representa en aquel momento.

El narcisista conviértese en objeto sexual de sí mismo. Como en la clásica observación de Otto Rank, en que la enferma sentía fuertes excitaciones genitales mirándose al espejo.

El narcisista es un enamorado de sí mismo. Corresponde en el niño a la fase normal de autoerotismo a que tantas veces hemos hecho referencia. En el adulto representa una de las muchas modalidades de retroceso a que ha de apelar la Libido, imposibilitada de la satisfacción fisiológica. Para Gera Roheim, las supersticiones populares que radican en los espejos tienen una base narcisista.

COMPLEXO DE CASTRACION

El estudio del complexo de la castración reviste mucho más interés que el del narcisismo. Encuéntrase formado por la hipótesis infantil de que la diferencia entre el hombre y la mujer débese a que ésta ha sido castrada. Con lo cual surge un sentimiento de envidia formentadora del deseo de ser muchacho.

Otra de sus derivaciones es el masoquismo.

Regístrase, a veces, el complexo de castración como efecto del de Edipo. En una observación de Hernard un muchacho siente vergüenza de su sexo, espoleado por el afán de ser como su madre.

Muchas de las exageraciones feministas tienen aquí su vivero. El odio al hombre de esas mujeres exaltadas, que diciendo ser sus enemigas le copian en trajes, gustos y ademanes, n. es sino una traducción, demasiado clara, del complexo de castración.

Ya que no ha de confundirse el legítimo afán

de reivindicación de las mujeres normales, con el despecho por haber nacido hembra.

* * *

La tarea está terminada. De su eficacia es pronto para juzgar. Pero de lo que no cabe dudar es de cómo los hechos burláronse de los augurios. Para mí y mis amigos estaba descontada la escasez de público. Ni ellos ni yo pudimos creer que durante seis tardes, en plena Primavera, se llenase local tan amplio como este de la Academia de Jurisprudencia, de un público selecto, predominantemente femenino, para escuchar la defensa de ideas que tanto recelo despertaron siempre en nuestra patria.

Me despido, pues, asombrado y satisfecho.

Madrid, 15 de junio de 1928.

Segunda edición, 27 de enero de 1929.

VOCABULARIO

Amnesia.—Cuarta fase de la evolución sexual, en la que el niño olvida, totalmente, las tres anteriores.

Aptitud de sacrificio.—Capacidad, inconsciente, para aceptar, sin reacción patológica, cuantas renunciaciones guardan en la vida analogía con el destete.

Asociaciones libres. — Técnica psicoanalista consistente en que el paciente deje vagar la imaginación, diciendo cuanto ésta le sugiera.

Autoerotismo.—Satisfacción del apetito sexual en sí mismo.

Censura.—Principio del deber puesto a la tendencia instintiva al placer.

Complexo anal.—El derivado de excitaciones

sexuales, sentidas, durante la infancia, en la región anal.

Complexo de la castración.—Complexo derivado de la hipótesis infantil de que la diferencia entre el hombre y la mujer débese a que ésta ha sido castrada.

Complexo de Edipo.—Atracción sexual del niño por la madre, de la niña por el padre.

Condensación.—El hecho de que durante el sueño una idea sea síntesis de varias.

Desplazamiento.—Desacuerdo entre la importancia de una idea en el sueño y en la vida real.

Dramatización.—El hecho de que el argumento de los sueños adquiera relieve escénico.

Elaboración secundaria.—Esfuerzo para hacer inteligible y asimilable el sueño.

El mí.—Sinónimo de inconsciente.

Exhibicionismo. — Perversión consistente en hallar el goce sexual mostrando, desnudos, los órganos de la generación.

Fetichismo.—Sustitución del objeto sexual por partes del cuerpo totalmente inapropiadas a tales fines o por objetos inanimados.

Frigidez femenina.—Falta de placer como resultante de la unión sexual.

Homosexualidad.—Preferencia sexual por personas del mismo sexo.

Inconsciente general.—Según Yung, capa de lo inconsciente que tiene la experiencia de las generaciones anteriores.

Inconsciente individual. — Según Yung, capa de lo inconsciente que encierra el fruto de la experiencia del individuo.

Libido.—Sinónimo de apetito sexual.

Masoquismo.—Gozar sufriendo.

Narcisismo.—Enamoramiento de sí mismo.

Neurose actual.—Aquella que obedece a una etiología del momento: neurose de angustia.

Neurose pretérita.—Aquella cuya causa remóntase a la infancia.

Palabras estímulo.—Palabras escogidas para, por las asociaciones que crean, deducir la psicología del sujeto.

Placer final.—El resultante de la expulsión de materias sexuales.

Placer preliminar.—Sensación placentera producida por la excitación de una zona erógena.

Reacción terapéutica negativa.—El hecho de que en algunos enfermos la aplicación de los métodos psicoanalíticos, en vez de mejoría, produzcan empeoramiento.

Represión.—Mecanismo en virtud del cual la censura opónese al principio del placer.

Sadismo.—Gozar haciendo o viendo sufrir.

Simbolismo.—Sustitución de una idea reprimida por otra, a la que se encuentra unida por razones de analogía.

Sublimación. — Empleo de la energía sexual con fines no sexuales ; pero unidos psíquicamente a aquélla.

Super-yo. — Resultado de identificarse, como

solución al Complexo de Edipo, con la persona que lo origina : padre o madre.

Tendencia al cautiverio.—Resistencia a salir del ambiente materno.

Zona erógena.—Aquella cuya excitación produce un goce sexual : labios, pezón...

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

Amnesia 73
Anal (complexo) 104
Aptitud de sacrificio..... 59
Asociaciones libres 178
Autoerotismo 77

C

Castración (complexo de la)..... 182
Censura 16
Censura excesiva 110

	Páginas
Condensación	28
Consciente	14
D	
Deseo (despersonalización del)	165
Deseo (legitimidad del)	169
Deseo (supervivencia del)	162
Desplazamiento	28
Destete	58
Dramatización	28
E	
Edipo (complexo de)	73-115
Elaboración secundaria	29
El Mí	95
El Yo	95
Esquizofrenia	55
Esquizoides	56
Evolución religiosa	68
Exhibicionismo	80

	Páginas
F	
Falsas neurosis	37
Fase autoerótica	72
Fetichismo	76
Fobias	39
Frigidez femenina	84
H	
Homosexualidad	74
I	
Idiosincrasias profesionales	131
Imbéciles morales	71
Inconsciente	15
Inconsciente general	16
Inconsciente individual	16
Internado	117
Interrogatorio	172

	Páginas
L	
Ley de Remy de Gourmont	126
Libido (La)	167
M	
Manías	43
Masoquismo	82
N	
Narcisismo	181
Neurose de angustia	37
Neurosis actuales	37
Neurosis pretéritas	37
O	
Obsesiones	39-48
P	
Palabras de estímulo	175
Placer final	80

	Páginas
Placer preliminar	79
Psicosis endógenas	44
Psicosis exógenas	44
R	
Reacción terapéutica negativa	96
Represión	18
S	
Sadismo	81
Simbolismo	23
Sintonizados	56
Subconsciente	15
Sublimación	24
Sublimación consciente	163
Sueños	26
Sueños coherentes	27
Sueños (condensación)	28
Sueños (desplazamiento)	28
Sueños inteligibles	27

	Páginas
Sueños (interpretación)	174
Sueños sin sentido.....	27
SUPER-YO	95
T	
Tendencia al cautiverio.....	59
Tipos morales	70
V	
Vértigo de alturas.....	52
Z	
Zonas erógenas	70-76

OBRAS DEL DOCTOR JUARROS

TÉCNICAS (X)

Informe acerca de un rancho de campaña. (Agotada.) Ceuta, 1907.—*Cartilla de primeros socorros.* (Agotada.) Ceuta, 1907.—*Manual de primeros socorros médicos.* Barcelona, 1910.—*Guía Médica de la Ley de Reclutamiento.* Madrid, 1912.—*El problema de la meningitis.* Madrid, 1915.—*Lecciones de Psiquiatría Forense.* (Agotada.) Madrid, 1915.—*Manual del Sanitario practicante.* (Agotada.) Madrid, 1915.—*La Psiquiatría del Médico general.* Madrid, 1919.—*Tratamiento de la morfinomanía.* Madrid, 1920.—*Diagnósticos y tratamientos psiquiátricos de urgencia.* Madrid, 1929.

DIVULGACIÓN (VII)

La profesión del hijo. Madrid, 1916.—*Educación física y moral del niño*. Madrid, 1918.—*Significación y alcance de la Inspección Médico-escolar*. Madrid, 1919.—*La crianza del hijo*. (Agotada.) Madrid, 1919.—*Normas de educación sexual y física*. Madrid, 1925.—*Los senderos de la locura*. Madrid, 1927. Segunda edición 1929.—*Los Horizontes de la Psicoanálisis*. Madrid, 1928. Segunda edición 1929.

LITERARIAS (VII)

Brevario sentimental de la madre. Madrid, 1921.—*La Ciudad de los ojos bellos (Tetuán)*. Madrid, 1922.—*Las hogueras del odio*. Madrid, 1923.—*El momento de la muerte*. Madrid, 1925. *De regreso del amor*. Madrid, 1926. Segunda edición 1928.—*El amor en España*. Madrid, 1927. *El niño que no tuvo infancia* (novela). Madrid, 1927.

TRADUCCIONES (VI)

Cirugía menor. Chavasse. Madrid, 1903.—*La Imaginación*. Dugas. Madrid, 1905.—*El contagio mental*. Vigoroux y Iuquelier. Madrid, 1906.—*Manual de Psiquiatría*. Regis. Madrid, 1911.—*Enciclopedia de Ciencias médicas*. Brissaud-Pinard-Reclús. Diez tomos. Madrid, 1912-13.—*Psiquiatría de urgencia*. A. Filassier (prólogo y notas). Madrid, 1926.

EN PREPARACIÓN

Sor Alegría (novela).

La sexualidad encadenada (Temas de Psicoanálisis).

La crianza del hijo (segunda edición).

BIBLIOTECA NACIONAL TÚNEZ



C I A P

CUATRO pesetas

Printed in Spain.